MI PADRE

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Y

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ

ESTRENADO EL DÍA 11 DE SEPTIEMBRE DE 1931 EN EL TEATRO DE LA COMEDIA, DE MADRID

PRIMERA EDICIÓN
1.000 EJEMPLARES

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
PRADO, 24
1931

MI PADRE

MI PADRE

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Y

PEDRO PÉREZ FERNANDEZ

ESTRENADO EL DÍA 11 DE SEPTIEMBE DE 1931 EN EL TEATRO DE LA COMEDIA, DE MADRID

PRIMERA EDICIÓN
1.000 ejemplares

MADRID
ESPASA-CALPE, S. A.
1931

REPARTO

Personajes	Actores
ELENA	Sra. Mayor.
SARA	Srta. Leal.
AGUEDA	Sra. M. Sampedro.
REMEDIOS	Srta. González.
PURA	» Noriega (L.).
CLARA	» Noriega (E.).
MISS BELLON	» Villegas.
QUIROS	Sr. Zorrilla.
DON RAIMUNDO	» Somoza.
TOLETE	» Soler-Mari.
OJEDA	» Azaña.
RAMON	» Gutiérrez.
FELIX	» Tobías.

Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Lujoso despacho en casa de Tolete. Puerta de entrada a la derecha y otra a la izquierda, que da a las habitaciones. Puerta al foro, por la que se ve una librería. En la izquierda, primer término, mesa de despacho, con sillón y silla volante. A la derecha, una mesita-centro y una butaca. Es de día. En Madrid. Epoca actual.

Al levantarse el telón está en escena OJEDA, hombre como de cuarenta años. Tipo un poco ridículo.

OJEDA. *(De pie, ante la mesa, arreglando unos papeles y cantando con música de la Marsellesa.)*
San Sebastián, Madrid y Málaga;
Valladolid, Huelva y León;
Barcelona, Gerona y Pamplona;
Tarragona, Segovia y Gijón;
Valencia y Almadén;
Jaén y Castellón;
Guadix, Chinchón...

REMED. *(Criada de la casa, con delantal de faena, por la puerta de la derecha.)* ¡Pues sí que estamos divertidos!

OJEDA. ¿Qué ocurre, Remedios?

REMED. Que en el cuarto de abajo están haciendo almoneda, y como en los anuncios de los periódicos en vez de poner entresuelo han

puesto primer piso, se cuelan aquí que da gusto. A ocho he despachado ya en lo que va de mañana; por cierto que este que acabo de despachar venía preguntando si había algún despacho.

OJEDA. ¿Y quién vivía en el entresuelo?

REMED. Nadie. Era un... un respiradero, o como se diga, que tenían unos cuantos señoritos sinvergüenzas que venían ahí a juerguearse; que parece mentira que en una casa decente y de lujo como ésta tuvieran este casinillo... Pero el ama, Elena, se enteró y le armó al dueño de la casa tal escándalo que, vamos, los ha puesto en la calle en seguida.

OJEDA. ¡Es mucha ama Elena!

REMED. Ya sé que a usted le gusta.

OJEDA. ¡Por Dios, Remedios!...

REMED. ¿Va usted a decir que no?

OJEDA. No digo que no. Me agradan las mujeres carnosas tal vez por la ley de contraste y su incultura, su brusquedad, su cerrilidad; me atrae, como me atraen los paisajes abruptos, rocosos, escarpados, llenos de simas, prominencias, abismos y desniveles. Pero... *(Suspirando.)* ¡Ay!... No soy comprendido.

REMED. ¿No?

OJEDA. No. Esa mujer no me entiende. En cuanto me elevo un poco en el lenguaje, la dejo en ayunas. ¿Por qué será tan borrica, señor? *(Rumor de voces.)*

REMED. Ahí viene.

ELENA. *(Entrando por la izquierda. Es una mujer frescota, ordinaria y simpática. Viste de obscuro.)* ¿Quién llamó, Remedios? Buenos días, señor Ojeda.

OJEDA. Buenos días, ama.

REMED. Otro que venía a la almoneda.

ELENA. ¡Ay que!... ¡Pues sí que!... ¡Vamos, que!... ¡Pues hija!... ¡Qué gracia!... ¡A ver si!...

¡No faltaría más que!... *(Transición.)* Diga en la cocina que cuando venga el carbonero que me avisen. Tengo que ajustarle una cuentecita.

REMED. Sí, señora. *(Haciendo mutis por la derecha.)* (¡Malos vientos corren!) *(Mutis.)*

ELENA. Creí que estaba aquí el señorito.

OJEDA. Está en el baño.

ELENA. ¡Ay que...! ¡Pues sí que!... ¡Vamos, que!... ¡Joroba con el baño! Todos los días al baño, y así desde que era... así. *(Señala un palmo del suelo.)* ¡Cuándo se cansará de tanto baño! ¿Para qué sirve tanto baño? ¿Me baño yo? ¿Usted se baña?

OJEDA. Según. Inmersión, no, porque mi casa es vetusta y no hay para inmersiones, pero abluciones y lociones, sí; y como lo mismo da una inmersión que varias abluciones...

ELENA. *(Que lo ha oído con la boca abierta y sin entenderle una palabra.)* Bueno, ¿pero usted se baña o no se baña, joroba, que nunca contesta usted a lo que yo le pregunto?

OJEDA. Aclararé. He querido decirla que en cuanto a la sumersión, no me sumerjo porque no tengo donde sumergirme, pero me semiducheo.

ELENA. Se va usted a quedar con una tía suya.

OJEDA. Ama Lena, y perdone la aféresis, por mi ánimo no ha pasado la idea de quedarme con usted... en ese sentido. "Queda" de mofa, no. "Queda" de apropiación... ¡Ay!... Sería otro cantar.

ELENA. *(Como antes.)* No lo entiendo a usted nunca, hijo mío. Y a lo que vengo.

OJEDA. Dígame.

ELENA. Uno de esos dos muchachos que estaban estudiando la carrera por cuenta del señorito, ¿la ha terminado ya, no?

OJEDA. Ayer se revalidó.

ELENA. ¿Pero la ha terminado o no la ha terminado?

OJEDA. ¿No le digo que ayer se revalidó?

ELENA. ¿Y eso qué es?

OJEDA. Que terminó.

ELENA. ¡Pues eso, hombre! ¿Usted es que no sabe hablar como las personas? ¡Pues sí que!... ¡Vamos, que!... ¡Ay, que!... *(Transición.)* Bueno; pues yo quiero que esa pensión se la den ahora a un hijo de mi prima Perseveranda, la de Torrelodones, que se ha quedado viuda y quiero que le salga un hijo de provecho.

OJEDA. ¿Qué disciplinas tiene cursadas?

ELENA. ¿Cómo?

OJEDA. ¿Es bachiller en letras o en ciencias?

ELENA. ¿Va usted a empezar otra vez?

OJEDA. Vaya: ¿qué es lo que hace ahora el muchacho?

ELENA. Pues por las mañanas reparte leche y por las tardes baja a la estación por si hay que subir algún bulto. De forma que yo lo que quiero es que aprenda una carrera y le enseñen al mismo tiempo a leer y a escribir.

OJEDA. Ah, ¿pero no sabe?

ELENA. No, señor.

OJEDA. *(Perplejo.)* Mire usted, señora. Yo no sé cómo explicarle... Porque, vamos, matricular a un muchacho así no puede ser.

ELENA. ¿Ah, no? Yo creía que con presentarlo y pagar...

OJEDA. Eso son los automóviles.

ELENA. ¡No; si yo quedaré malamente con mi prima!... ¡Si en esta casa soy yo la última! ¡Si basta que yo quiera una cosa para que!... ¡Ay, que!... ¡Pues sí que!... ¡Vamos, que!...

OJEDA. ¡Por Dios, ama, no se ponga usted así!

ELENA. ¿Pero sabe usted lo que le digo? ¡Que el ama, el ama, es la única que está aquí en

todo! ¡La única que mira de verdad por la casa y por su dueño! Porque usté mucho administrá, y el otro mucho acompañá, y el otro mucho distraé; pero nadie se fija en que el señorito está triste y más delgao. ¿Usté no lo encuentra triste?

OJEDA. Me hace usted notar que hay en él ciertas taciturnidades, como si fuera presa de una profunda laxitud o melancolía.

ELENA. Pero... ¿Usted lo encuentra triste o no?

OJEDA. Luego preguntaré a su gran amigo don Roberto Quirós y Valtramilla...

ELENA. Verdad que hoy es jueves y viene a comer ese gorrón, tragón, tumbaollas, que... Bueno, me callo. No quiero que diga luego que hablo mal de él. *(Por la garganta.)* Aquí lo tengo. Desde aquello que me hizo en Francia, en aquel pueblo, que no lo miento porque cuando lo miento me sale todo al revés, no lo puedo tragar. ¡Zorro! ¡Porque es un zorro! ¿A usted no le parece un zorro?

OJEDA. Algo trapacerillo y cascarrón, sí, señora.

ELENA. Bueno; ¿pero a usted no le parece un zorro, joroba, que nunca contesta usté acorde?

OJEDA. Sí, señora; zorro, muy zorro.

ELENA. Muchos títulos, mucha nobleza y mucha hambre, porque cuando bosteza despega los cuadros de las paredes.

OJEDA. *(Riendo.)* ¡Bien, ama Elena!... ¡Es un tipo!... Y antes, cuando estaba en Madrid toda la aristocracia, tenía el mes distribuído entre sus amistades, y aquí no lo padecíamos más que los días nueve y veintinueve; pero ahora, a medida que han ido emigrando sus amigos, ha ido aumentando las fechas, y ahora lo tenemos martes, jueves, sábados y domingos.

ELENA. A mí me pone mala, don Augusto. ¡Mala me pone! Sueño con él. Sueño que le da

una pulmonía, o un cólico, o una cangrena y se muere. Pero luego despierto y ná. Mire usté: el martes... *(Al ver entrar a TOLETE por la izquierda.)* Bueno. *(Disimula.)*

TOLETE. *(Un muchacho muy simpático, en bata. Se sienta a la mesa y va firmando las cartas que le presenta OJEDA.)* Hola...

OJEDA. Buenos días, don Bartolomé.

ELENA. ¿Te traigo el desayuno?

TOLETE. No. Ya es tarde.

ELENA. Aunque sea bebido, hombre.

TOLETE. ¡Que no, ama!

ELENA. ¡Eso! Y luego para que... Por eso no... ¡Pues no creas tú que a mí!...

TOLETE. ¡Déjame! ¡Déjame! *(Suena el timbre de la puerta.)* ¿Dónde vas?

ELENA. A ver quién es.

TOLETE. Déjalo. Ya abrirá Ramón.

ELENA. Ramón ha salido.

TOLETE. Pues que abra Remedios. Tú, no; que luego son los líos.

ELENA. ¡No, si yo no sirvo ya ni para abrir la puerta! ¡Si yo soy aquí la última! Si a mí no... *(Echándose a llorar.)* ¡Pues sí que!... ¡Vamos, que!... ¡A ver si!...

TOLETE. *(Consolándola.)* Vaya por Dios, mujer... Es que a estas horas viene Quirós y no quiero que suceda lo que otras veces. Y has de saber que mi amigo Quirós...

ELENA. *(Furiosa.)* ¡No me mientes a Quirós! *(A REMEDIOS, que entra en escena por la derecha.)* ¿Quién era?

REMED. Otro que preguntaba por la almoneda. ¡Estamos divertidos!

TOLETE. Me pareció oír la voz de Quirós.

REMED. Sí, señor; llegó en ese momento. Está lavándose las manos, perfumándose, llenando la petaca y echándole bencina al mechero.

ELENA. Claro; en España, el que puede apaña. Mira: me voy por no verlo, porque lo veo y parece que me arañan las tripas. ¡Me voy!

TOLETE. Haces bien.

ELENA. ¡Claro! ¡Pues sí que! ¡Vamos, que! ¡A ver si!... *(Dándole un empujón a REMEDIOS y haciendo mutis con ella por la izquierda.)* ¡Vámonos! *(Se van.)*

OJEDA. ¡Le tiene un odio!

TOLETE. Pues Quirós le paga con la misma moneda. La trastada que le hizo en Burdeos no tiene nombre.

OJEDA. ¿Qué fué? Digo, si no es indiscreción...

TOLETE. Que me encontraba yo en París y estaba ella en San Sebastián aguardándome, y como la pobre tenía muchos deseos de ver París, le dije a Quirós que tomara el tren con ella y me la llevara. Emprendieron el viaje, se pelearon antes de llegar a Irún, se volvieron a pelear antes de llegar a Biarritz, casi se pegaron a la salida de Bayona y, total, que cuando llegaron a Burdeos, Quirós, que ya no podía más, le dijo: "Hemos llegado, baje usted y aguárdeme en aquel banco." Siguió él para París y la dejó en Burdeos como el que deja una maleta.

OJEDA. ¡Jesús!

TOLETE. ¡Figúrese usted lo que padecería la infeliz! Tan corta de luces, sin dinero y sin saber francés.

OJEDA. ¡Qué espanto!

TOLETE. Quince días estuve buscándola, sin encontrarla por ninguna parte. ¡Llegó a preocuparme seriamente! ¡Aquello estuvo muy mal hecho! Por supuesto, que pasó Quirós más de dos años sin poner los pies en esta casa. Y la pobrecilla sufrió tanto en aquellos quince días, que delante de ella no se

puede pronunciar la palabra "Burdeos", porque es que se pone mala de veras.

OJEDA. Y se comprende.

QUIRÓS. *(Por la derecha. Es un señor como de sesenta años, elegantísimo y simpatiquísimo.)* ¡Hola!...

TOLETE. Ven con Dios, Roberto.

OJEDA. Buenas, señor Quirós.

QUIRÓS. ¡Carambaina! Si está aquí el amigo Ojeda! ¡Cuánto me alegró! ¿Qué tal, Ojedita? ¡Bien nos divertimos anoche en el Cabaret!

OJEDA. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Yooo?

QUIRÓS. Pero, hombre: ¿no estaba usted a última hora con el comandante Quintana y Paquita Iglesia, la de los tangos, que empezó usted a gritar "¡Viva la Iglesia!" y lo abuchearon?

OJEDA. Si es broma, la admito. Pero... ¡pobre de mí! ¡Yo en un cabaret! ¡Al demonio no se le ocurre cosa más absurda!... ¡Tiene gracia! *(Le vuelve la espalda.)*

QUIRÓS. Pero oiga, oiga. ¿No fué usted quien se pegó con el maestro Larrumba porque atacó un vals boston y usted quería una jaba?

OJEDA. ¿Jaba? ¿Eso qué es?

QUIRÓS. Pues perdió usted un gemelo en la refriega. Un gemelo de platino y brillantes, regalo de Tolete..., y se lo traigo yo. *(Dándoselo.)* Tome.

OJEDA. *(Tomándolo.)* ¡Por ahí podía usted haber empezado! *(A TOLETE, que hace los imposibles por ocultar la risa.)* ¿Manda usted algo más?

TOLETE. No...

OJEDA. Voy al Banco antes que cierren.

TOLETE. Bien. Hasta luego.

OJEDA. Buenas tardes. *(Mutis por la derecha.)*

TOLETE. *(Rompiendo a reír.)* ¡Jajajá!...

QUIRÓS. *(Idem.)* ¿Has visto? ¡Jajajá!...

OJEDA. *(Entrando de nuevo.)* Me olvidaba las

cartas. *(TOLETE y QUIROS cortan la risa. Recoge OJEDA las cartas firmadas que dejó sobre la mesa y dice, haciendo mutis y viendo cómo Quirós se come un pañuelo por no soltar el trapo.)* (¡Como hay Dios, me carga este Quirós!) *(Vase.)*

QUIRÓS. Como este hipócrita hay por ahí un centenar de docenas.

TOLETE. No sabía yo que Ojeda era hombre de cabaret.

QUIRÓS. Sí; le llaman el "Chiquito de Haro", porque creo que es de por allí. *(Se sienta en la butaca.)*

TOLETE. Bueno, ¿qué cuentas?

QUIRÓS. Pues desgracias, contrariedades y sinsabores.

TOLETE. ¿Y eso?

QUIRÓS. Que vas a tener que admitirme también los viernes. Me he quedado sin viernes.

TOLETE. ¿Más deserciones?

QUIRÓS. Sí; los Cabacieras, Pepe Cabacieras, el casado con mi prima Eloísa Dacoco, se ha largado a Portugal con las Echecosas y las Cabañaquintas. ¿Pero por qué huirán de España estos primos... míos? Ya se lo dije yo a Eloísa: "Criatura, si aquí es donde se está mejor. Porque en Portugal hay más revoluciones que aquí; en Inglaterra hay más obreros sin trabajo que aquí, y en Francia hay más cocotas que aquí." *(Ríen.)* Tú no te irás, ¿verdad?

TOLETE. Yo, no. Yo soy un patriota, y además...

QUIRÓS. Y además..., dilo, caramba; que me duele tener que enterarme por ahí de cosas que tú has debido decirme a mí antes que a nadie, porque nadie te ha dado nunca mayores pruebas de amistad que yo, querido Tolete.

TOLETE. *(Viniendo a reunirse con QUIROS.)* Es verdad, y te estoy muy reconocido, Rober-

to. Tú me has llevado a todas partes, me has presentado en sociedad, me has rodeado de amigos distinguidos que me estiman y me consideran y me has granjeado la simpatía de toda la gente chic de la villa y ex corte. Pero de este asunto no he hablado contigo porque tampoco he hablado con nadie. Digo, si te refieres a lo de mis relaciones con Sarita Alfaro.

QUIRÓS. Justo. ¿De manera que lo de las relaciones es un hecho?

TOLETE. Sí.

QUIRÓS. Cuenta, hombre, cuenta.

TOLETE. Pues, chico, algo que ya no se lleva. Unas relaciones que hubieran éstado muy bien a principios de siglo. Ver a una muchacha en un teatro, coincidir con ella en una playa de moda, buscarla en un salón de té, esperarla a la salida de una iglesia, pasear con ella por el Retiro, despedirnos un día preguntándole: "¿Dónde nos vemos mañana?" Decirle otro día: "Te quiero con toda mi alma", y hoy, precisamente, va ella a hablar con sus padres de nuestras relaciones. Lo que te digo: como a comienzos de este siglo.

QUIRÓS. De este siglo, del anterior y del que viene. Porque no creas tú que nuestros abuelos han hecho otra cosa, ni creas que van a hacer otra cosa nuestros biznietos, aunque se empeñen los sindicatos, los comités y los "bebités". ¿Tú tratas a los padres de Sarita?

TOLETE. A la madre, sí; he sido presentado a ella y la he saludado un par de veces. Al padrastro, no. Le conozco de vista solamente. El a mí, ni de vista.

QUIRÓS. *(Levantándose.)* Pues te pondré en antecedentes para que vivas prevenido. Ella, la marquesa de Laborda, viuda del conde de

los Vulfranes, es una señora bastante corta de alcances, muy pagada de su alcurnia, que, eso sí, es limpia como la que más. Sus ramas todas llevan a troncos que ciñeron coronas. Por eso sentó tan mal que al morir Ramiro Vulfranes se casase ella en segundas nupcias con ese Perea cargado de millones y más plebeyo que un cesto de tomates.

TOLETE. He oído decir que es muy bruto.

QUIRÓS. ¡Hombre, eso de bruto!... ¡Qué sé yo¡ Un tío que con negocios de cerdos hace en treinta años veinte millones de pesetas no puede ser bruto.

TOLETE. ¿Con negocios de cerdos?

QUIRÓS. Sí; comprando, vendiendo, engordando, matando, embutiendo y charcutando. ¡Toda la gama de la choricería! Lo he tratado y es simplemente un hombre ordinario, que hace el ridículo cuando las da de aristócrata consorte.

TOLETE. Sarita dice que es muy cariñoso con ella y que a su madre la tiene no sólo cariño, sino respeto.

QUIRÓS. Miedo, diría yo. A mí me da la sensación de que es un hombre deslumbrado por las grandezas heráldicas de su esposa y que cree, cuando la besa, que besa también a dos reyes, a cien duques, a treinta marqueses y condes y a algún que otro barón. No tienes idea de lo afablemente que trata a los que somos de familias linajudas. ¡Qué frases, qué exquisiteces! Y acaba siempre metiendo la pata, porque aunque él procura asimilarse las cosas, no lo consigue y enseña a cada paso el chaleco de Bayona y la faja. Lo del refrán: aunque la mona se vista de seda, si tiene rabo, lo enseña.

TOLETE. Es una lástima que toda la familia, hasta

el padrastro, piensen así del abolengo, porque el día que sepan... *(Pausa.)*

QUIRÓS. *(Acercándose a él y poniéndole cariñosamente una mano en el hombro.)* ¿Qué piensas, Tolete?

TOLETE. Querido Roberto: yo tengo que pedirte un consejo, un consejo leal, y para ello tengo antes que hacerte una revelación.

QUIRÓS. ¿Una revelación?

TOLETE. Algo que se relaciona con mi origen.

QUIRÓS. Pídeme el consejo y no te mortifiques en revelarme lo que sé.

TOLETE. *(Sorprendido.)* ¿Que tú sabes?...

QUIRÓS. Desde hace treinta años vivo intensamente la vida de sociedad y no hay enredo ni secreto ni chisme que yo desconozca. Sé de ti más que tú mismo y... vive tranquilo, Tolete: tu madre, la que siendo tu madre no pudo ser tu madre, a pesar de su falta disculpabilísima, fué una mártir y una santa, y tu padre, el que tampoco pudo darte su nombre, fué un caballero.

TOLETE. *(Un poco emocionado.)* Gracias.

QUIRÓS. ¿Sabe Sarita?... *(Se sienta de nuevo en la butaca.)*

TOLETE. No: ella cree que soy de una familia modesta y nada más... Por eso es mi temor. Cuando los padres hagan averiguaciones...

QUIRÓS. Sí, es para estar temeroso. No creo que Agueda te acepte nunca como yerno. Y menos aún él; el de los cerdos.

TOLETE. Ese es el consejo que deseo pedirte. ¿Qué crees tú que debo hacer?

QUIRÓS. ¿Tú la quieres de verdad?

TOLETE. Como no podría querer nunca a ninguna otra mujer.

QUIRÓS. ¿Y ella a ti?...

TOLETE. Estoy también seguro de su cariño.

QUIRÓS. Entonces...

TOLETE. ¿Qué?

QUIRÓS. Dile la verdad. Es la mejor prueba a que puedes someterla. Si después de tu confesión ella insiste en unir a ti su vida, ¿qué pueden importarte sus padres? ¿Que la madre la repudia? Tu cariño es el que ella necesita. ¿Que su padrastro la deshereda? ¿Qué te importa a ti eso, teniendo, como tienes, sesenta mil duros de renta? Nada. Dile la verdad y... sea lo que Dios quiera.

TOLETE. Pero si ella cree que no he procedido noblemente ocultándole hasta ahora... Si su cariño se entibia...

QUIRÓS. Entonces, querido Tolete, date la enhorabuena. Lo que tú creías oro era oralina y lo que creías un brillante era un... etcétera de vaso. *(Suena el timbre del teléfono.)*

TOLETE. *(Al aparato.)* ¿Quién? ¿Eh? *(Muy contento.)* ¡Hola!...

QUIRÓS. (Ella.)

TOLETE. *(Al aparato.)* Dime, vida.

QUIRÓS. (¿No lo dije?)

TOLETE. *(Al aparato.)* ¿Es de veras? ¡Cuánto me alegro!

QUIRÓS. (Acceden.)

TOLETE. *(Al aparato.)* ¿Cuándo has hablado con ellos?

QUIRÓS. (¿No lo dije?)

TOLETE. *(Al aparato.)* Ya comprenderás lo que me alegra la noticia. ¿Eh? Por mí que hagan las averiguaciones que gusten.

QUIRÓS. (¡Malo!)

TOLETE. *(Al aparato.)* ¿Cómo? ¿Pero te atreves?... Pues aquí te aguardo.

QUIRÓS. (¡Caramba!)

TOLETE. Bueno, pues hasta ahora. *(Riendo.)* No te contesto lo mismo porque está aquí Roberto Quirós.

QUIRÓS. *(Levantándose.)* Si quieres, me voy.

TOLETE. *(Al aparato.)* Hasta ahora mismo. Adiós.

(Deja el aparato.) Acceden sus padres, querido Roberto.

QUIRÓS. Sí, ya he oído...

TOLETE. Anoche habló con su padrastro y hace un momento ha hablado con su madre. Los dos consienten, a reserva de hacer algunas averiguaciones...

QUIRÓS. Lo que tú temes.

TOLETE. Claro. Va a venir a darme detalles de sus entrevistas. Dice que habiendo abajo una almoneda no puede extrañar a nadie que entre en la casa.

QUIRÓS. Y aunque no hubiera almoneda. ¡Pues menudos tiempos corremos!... Ahora una muchacha coge su carabina y se interna en toda clase de malezas...

TOLETE. Voy a terminar de vestirme.

QUIRÓS. Y yo te dejo el campo libre. Volveré dentro de un rato.

TOLETE. ¿Por qué no me aguardas en la biblioteca o en el billar?

QUIRÓS. Prefiero dar un vistazo a la almoneda en cuestión. Me pica la curiosidad.

TOLETE. Lo que quieras. Hasta luego. *(Mutis por la izquierda.)*

QUIRÓS. Hasta luego. *(Se dispone a hacer mutis por la derecha en el mismo instante en que entra OJEDA.)*

OJEDA. Un momento, señor Quirós.

QUIRÓS. Hola...

OJEDA. Deseo hablar un instante a solas con usted.

QUIRÓS. Pues nunca mejor ocasión.

OJEDA. *(Muy nervioso.)* Sí, porque cuando no me desahogo me salen furúnculos y no quiero que me salgan furúnculos esta vez.

QUIRÓS. Sabia medida terapéutica, porque prevenir es curar. Pero no comprendo...

OJEDA. Va usted a comprender, porque voy a hablarle con absoluta franqueza.

QUIRÓS. Veamos.

OJEDA. Usted, hace un momento, me ha puesto en evidencia a los ojos de don Bartolomé para ridiculizarme y perjudicarme.

QUIRÓS. Le aseguro que lo hice impensadamente y sin mala intención.

OJEDA. No una usted la cobardía al cinismo.

QUIRÓS. ¡Señor Ojeda!

OJEDA. Usted es un... no lo digo...

QUIRÓS. ¡¡Dígalo!!

OJEDA. Muy arrogante, muy aristócrata y muy pingorotudo, pero un... no lo digo.

QUIRÓS. ¡¡Dígalo!!

OJEDA. Que viene aquí pomposo y fachendoso a embaucar, embair y sablear.

QUIRÓS. ¡¡Señor Ojeda!!

ELENA. *(Entrando en escena por la izquierda.)* ¿Eh?

OJEDA. ¡¡Y a sablear!! Porque usted es un combinista que para guardar el equilibrio de sus fraudulencias necesita desviar la atención de su víctima hacia las flaquezas de otras personas para que no pare mientes en sus trapacerías, maulerías y arterías de hidalgo capigorrón.

ELENA. (¡No lo entiendo!) ¡¡Bien dicho!!

OJEDA. Usted quiere aislar a su amigo de los que bien le quieren y pretende arrojarme a mí por la borda, como intentó separarlo de esta santa mujer con su estratagema de Francia.

QUIRÓS. ¡Oiga!...

OJEDA. Pues bien, ¡no! ¡Yo no soy un lastre inútil! ¡Yo no me presto a sus artimañas ladinas ni a sus burlerías de farsante inverecundo!

ELENA. (¡No lo entiendo!) ¡¡Ni yo!!

OJEDA. Y desde ahora le declaro a usted la guerra.

ELENA. Y yo le echo a usted una mano.

OJEDA. ¡Y yo a usted las dos! *(La abraza.)* ¡Los dos, abrazados estrechamente! ¡Así!... ¡Contra usted!

ELENA. ¿Es parcheo?
OJEDA. Es alianza.
ELENA. ¡Ah, bueno!
OJEDA. ¡Guerra al intruso!
ELENA. ¡Guerra!
OJEDA. ¡Abárqueme usted!
ELENA. Sí, señor. *(Le abraza.)*
QUIRÓS. Me ofenden ustedes tan injustamente, que me obligan a aceptar el reto que me hacen. Hablaré de esto con Tolete.
OJEDA. No podrá usted nada contra nosotros. La unión constituye la fuerza y mírenos unidos en apretado haz.
QUIRÓS. Abrazado a esa mujer me recuerda usted la fábula del camello y la pulga.
ELENA. ¿Y quién es el camello?
QUIRÓS. Usted. ¿Guerra? ¡Pues guerra! ¡Ea; yo no me marcho! En el billar espero. Y voy que, a pesar de mi buena educación, voy a aumentar los tacos. *(Mutis por la izquierda.)*
ELENA. ¡Anda, cómo va!
OJEDA. ¡Va que estalla!
ELENA. Me alegro. Así se le abra la barriga y tenga que estornudar.
OJEDA. ¡Dantesca es la idea!
ELENA. No lo entiendo a usted; pero me pone en el ocho ese hombre.
OJEDA. Pues hay que darle la batalla.
ELENA. Yo no le doy nada a ese tío.
OJEDA. Digo que hay que aniquilarle.
ELENA. ¿Qué es lo que cree usted que debo yo hacer?
OJEDA. Usted tiene un gran ascendiente sobre don Bartolomé, porque usted le dió con su jugo vital la hombría, la salud, el temple, y por eso es preciso que ahora ponga todo su ascendiente a contribución para el logro de nuestros planes.
ELENA. Bueno, pero usted ¿qué es lo que cree que

debo hacer? *(Suena un timbre dentro.)* Han llamado...

OJEDA. No se preocupe; ya está Ramón ahí. Me ha abierto a mí la puerta. *(Se oye hablar dentro.)*

ELENA. *(Acercándose a la puerta de la derecha.)* ¿Quién?...

RAMÓN. *(Criado, en traje de faena, por la puerta indicada.)* Oiga usted, ama: el señor marqués de Laborda dice que desea pasar.

OJEDA. ¡Laborda! ¡Atiza!

ELENA. ¿Le conoce usted?

OJEDA. ¡Es el padrastro de la novia de don Bartolomé!

ELENA. ¿Eh?...

OJEDA. *(A RAMON.)* ¿No es uno ya cotorrón, desmadejadillo, algo espatarrado y bamboleante, bien vestido y con un monóculo, que siempre que habla se le cae?

RAMÓN. Sí, señor.

ELENA. ¿Qué quedrá? Le decimos que pase, ¿no?

OJEDA. ¡Claro!...

REMED. *(Por la izquierda.)* ¿Han abierto?

ELENA. *(A REMEDIOS.)* Espera. *(A RAMON.)* Avise usted al señorito, que debe de estar en sus habitaciones acabándose de vestir.

RAMÓN. Sí, señora. *(Mutis por la izquierda.)*

ELENA. *(A REMEDIOS.)* Que pase un señor que está ahí en el recibimiento.

REMED. Sí, señora. *(Mutis por la derecha.)*

OJEDA. Aguardaré en la biblioteca, porque tengo que entregar a don Bartolomé unas cantidades. *(Mutis por la izquierda.)*

ELENA. Yo voy a verle la cara, como la que no quiere la cosa. *(Arregla algo del despacho.)*

REMED. *(Por la derecha.)* Pase usted.

D. RAIM. *(Que viene pomposamente vestido y alhajado y que, como se ha dicho antes, es un tío ordinario y bruto.)* Merci. *(Entra*

con el sombrero puesto.) Este es el despacho, ¿no?

REMED. Sí, señor.

D. RAIM. Merci. Es bonito. *(A REMEDIOS.)* Tú... estás bien, ¿eh?

REMED. *(Un poco extrañada.)* Bien, muchas gracias, ¿y usted?

D. RAIM. No, no; digo que estás muy bien. No pregunto; requiebro.

REMED. Ah; eso usted verá. *(Vase por la derecha.)*

D. RAIM. *(Calándose el monóculo.)* Voy a ver... *(Se le cae.)* ¡Jeringa!... Nada, no puedo. ¿Pero, señor, en qué arruguita se meterá el cristalito este, que llevo un puñao de años y no hay medio?... *(Quitándose el hongo y poniéndolo sobre un mueble, ve a ELENA.)* Eh. También ésta... ¡Hay cada curva y cada peralte!... ¡Vaya!

ELENA. *(Haciendo mutis por la izquierda.)* Buenas. (Se ve que es un señor muy fino.) *(Vase.)*

D. RAIM. Es muy raro: en todas las almonedas tienen los muebles sus precios puestos y aquí no. ¡Ojo, Raimundo! *(Sentándose y repantigándose en una butaca.)* ¡Hombre, comodísima! Esta me la llevo.

TOLETE. *(Entrando y deteniéndose en la puerta.)* (¡Pues no estoy nervioso! Porque éste viene a averiguar directamente!...)

D. RAIM. *(Levantándose.)* (Voy a ver si es cómodo el sillón de la mesa.) *(Advierte la presencia de TOLETE.)* ¿Eh? *(Se pone el monóculo.)*

TOLETE. Muy buenas tardes.

D. RAIM. Buenas. *(Se le cae el cristal.)*

TOLETE. Ya supondrá la gran satisfacción que tengo al verle en mi casa. Es un honor para mí...

D. RAIM. Merci.

TOLETE. Pero siéntese...

D. RAIM. *(Por el sillón de la mesa.)* Aquí, en el sillón.

TOLETE. Donde usted guste. ¡No faltaría más!...

D. RAIM. Merci. *(Sentándose.)* ¡De primerísima! Muy cómodo.

TOLETE. Sí...

D. RAIM. *(Repantigándose y jugueteando con una regla que hay sobre la mesa.)* Este me lo llevo también. Bueno, pues yo venía... Ya usted se lo supondrá...

TOLETE. Sí, señor. Y creo que vamos a entendernos, porque de hombre a hombre se debe hablar claro, y yo estoy dispuesto a hablarle con toda claridad. Así, al menos, corresponderé a la atención que usted me ha dispensado viniendo a esta casa...

D. RAIM. Según eso, usted sabe quién soy yo.

TOLETE. Sí, señor. Y crea usted, don Raimundo...

D. RAIM. Llámeme marqués.

TOLETE. Y crea usted, Marqués, que deseaba que se me presentara una ocasión para poder ofrecerle mis respetos...

D. RAIM. Merci. *(Dándose tono.)* ¡Claro! ¡Quién no me conoce a mí en Madrid! ¡Después de la Cibeles y de "Nocturno", yo! ¡Lo sé! Y es que como uno es de la aristocracia que bulle... Yo a usted no le había visto nunca. Usted bulle poco.

TOLETE. No...

D. RAIM. Pues mire usted, el ser tan conocido es una jeringa. Se lo digo a usted yo. Achara que la gente se vuelva a mirarle a uno y tenga los ojos puestos en uno, que va uno por la calle que no puede uno ni rascarse la espalda a modo, con una esquina, como hace la gente. Bueno, es un decir. ¡Jajajaja!...

TOLETE. ¡Claro, claro! ¡Jajajajaja!...

D. RAIM. Sí, sí, nos reímos; pero si llega el caso,

¿usted se cree que la sangre azul no pica como la otra? ¡Vamos, hombre!

TOLETE. ¡Claro, claro! ¡Jajajaja!...

D. RAIM. Esto mismo de que yo venga en persona a su casa de usted, ¿usted se cree que no me lo van a echar en cara?

TOLETE. Sí... Tal vez podrían interpretarlo mal...

D. RAIM. ¡Ya lo creo! ¡Pues buenos son los de mi clase para pegar un resbaloncito como el que yo estoy pegando. Ahora que yo... Mire usted cómo encojo este hombro. *(Lo hace.)* A mí, habiendo diplomacia, ¡qué jeringa! Conque mire usted, pollo, ¡las cartas boca arriba!

TOLETE. (¡Válgame Dios!)

D. RAIM. En lo tocante a mi casa, coto cerrao; allí no entra uno que no tenga linaje, y me mato con el que sea antes de consentir la más pequeña manchita. ¡Cuidao!

TOLETE. *(Apesadumbrado.)* Sí, sí, yo...

(Cruza la escena RAMON de izquierda a derecha.)

D. RAIM. Usted me entiende. Eso es sagrao. Eso es aparte. Pero, amigo mío, yo tengo una rubia... ¡¡Su madre!! *(Haciendo aspavientos.)* ¡¡Qué rubia!!

TOLETE. *(Que no comprende.)* ¿Cómo, qué?

D. RAIM. ¡Jeringa: que tengo una rubia! La tengo a la chita callando, como usted comprenderá, porque no está bien que uno en su aristocracia, ¿eh?... ¡Pero tengo una rubia!... *(Mordiéndose los labios.)* ¡¡Al oxígeno!! ¡Pollo! ¡Veinte años! ¡Nada más que eso! ¡Y de una inocencia!... ¡Vamos, le he dicho que yo tengo treinta y se lo ha creído!

TOLETE. *(Como el que ve visiones.)* Pero, bueno...

D. RAIM. Le aconsejo a usted una rubia, pollo.

TOLETE. ¿Eh?

D. RAIM. Pues a lo que vamos: yo he leído en un periódico que esta casa hace almoneda de sus muebles, y como ahora estoy poniendo el nido... ¡Yo poniendo un nido! ¡Me rejuvenezco!

TOLETE. ¡Caramba!

D. RAIM. Bueno, usted no frecuenta los círculos aristocráticos y a usted se le puede decir todo sin miedo. ¡Con alguien tiene uno que desahogarse, qué caramba! De forma que quiero poner un nido alegre, ¿sabe usted? ¿A usted qué le parece?

TOLETE. Hombre...

D. RAIM. Porque es que usted no sabe lo que es mi casa. ¡Todo estilo Renacimiento español! ¡Echa estilo! Las puertas negras con recuadros... ¡negros! Los muebles tallaos... ¡¡negros!! Las sillas negras con clavos... ¡¡negros!! Los cuadros con marcos ¡negros!... Las lámparas de madera... ¡en negro!, con velas amarillas chorreando cera con churretes... ¡¡negros!! Muy elegante, pero una lástima. Allí entra uno y le da una pena y unas ganas de rezar... Como que cuando la quema de los conventos yo no hacía más que pensar— "¡A ver si vienen aquí!"... Y luego mi señora... ¡también Renacimiento español, pollo! Y mi hija... Bueno, la hija de mi mujer, porque la marquesa era viuda y yo cargué con ella y con la niña... Esa, menos mal; algo alegra aquello. Pero es que se casa, ¿sabe usted?

TOLETE. ¿Ah, sí?

D. RAIM. Sí; con un pollo compota: un tal Tolete, un muchacho bastante conocido. Algún pollo escotao de esos de ahora. Creo que es tonto.

TOLETE. ¿Cree usted?

D. RAIM. Y lo será. Pero, en fin, allá ellos. Lo malo es que me va a dejar solo con su madre y

un porvenir Renacimiento, que no señor. ¡Quiá! ¡A mí no! Le voy a poner a mi rubia un piso con sillas verdes, cuadros encarnaos, lámparas azules y cortinas colorás, que aquello va a ser la gloria. De forma que vamos a ver los muebles. De aquí me voy a llevar esa butaca, que es muy cómoda, el sillón y la mesa. Lo demás, para usted. Y a ver si tiene por ahí algo más alegrito.

TOLETE. Usted se puede llevar de esta casa lo que guste, porque es usted el amo de ella.

D. RAIM. Merci. *(Se levantan.)*

TOLETE. Pero vamos, la almoneda no es aquí; es en el piso de abajo.

D. RAIM. ¡Caramba, pollo!... ¿Y ha dejado usted que le cuente lo que no le importaba?... ¡Pollo, jeringa!

TOLETE. Yo no le he dado a usted pie.

D. RAIM. Sin darme usted pie he metido la pata.

TOLETE. No tema; soy un caballero y cuanto me ha dicho usted ha caído en el bargueño de la caballerosidad.

D. RAIM. ¡Eso está bien! ¡Me ha gustado lo del bargueño!

TOLETE. No creo que nunca tenga que vaciarlo...

D. RAIM. ¿Cómo dice?

TOLETE. Que espero que nunca me dará usted motivos para sacar a relucir lo de la rubia oxigenada, que sé quién es: Luz Abril.

D. RAIM. ¡Chitón!

TOLETE. Pierda cuidado. Por mi parte no sabrán nunca nada ni la Marquesa ni Sarita.

D. RAIM. ¿Eh? ¿Conoce usted a mi familia?

TOLETE. Sí, señor; soy Tolete, para servirle.

D. RAIM. *(De una pieza.)* ¡¡Tolete!!... ¡Jeringa! Alguien dijo que el mundo era un pañuelo con cuatro picadores, Reverte en medio, y es verdad. ¡Señores, dónde me he colao! Y veo, pollo, que no es usted tan tonto como

yo creía. ¡Quiá! ¡Bien me ha cogido usted, amigo!

TOLETE. ¡Por Dios, Marqués! ¿Me cree usted capaz?

D. RAIM. ¡¡Basta!!

TOLETE. Yo celebro este quid pro quo, que me permite dar a usted las gracias por lo amablemente que acogió anoche mi pretensión.

D. RAIM. ¡Ah, sabe usted ya!...

TOLETE. Sí. Sarita me ha telefoneado.

D. RAIM. Pues, sí, me dijo que era usted un muchacho muy conocido en sociedad. De forma que mañana vaya a vernos alguna persona de su familia, como es costumbre en nuestra elevada clase, y echaremos cuentas. Ya sé que es usté rico, como buen aristócrata, pero no crea usté que mi hijastra va a la boda con los tacones torcidos. No, señor. Los tacones muy derechitos, porque yo la "docto". ¡La "docto"! A mí no me pone la cara colorada ninguno de la aristocracia.

TOLETE. Le advierto que yo, aunque poseo una gran fortuna, soy de una familia modesta.

D. RAIM. ¿Más modesta que era la mía? ¡Cacahués vendía mi padre! Pero el dinero se gana y la aristocracia se compra. Lo que hay que tener son apellidos. Vamos, ya usté me entiende; que no se puede nacer sin padre ni madre. Lo demás viene luego. Bueno, y me marcho. Bajaré a la almoneda, porque lo he prometido a Lucita... Bueno, confío en que... ¿Eh?

TOLETE. ¡Por Dios!

D. RAIM. ¡La rubia no existe!

TOLETE. ¡No ha existido jamás!

D. RAIM. ¡Eso! Y como Sarita tiene el deseo de presentarnos, lo mejor será que nosotros... ¿Eh?

TOLETE. ¡Nosotros no nos hemos visto nunca!

D. RAIM. ¡Así!... ¡Es usté un águila!

TOLETE. Y usted un cóndor.

D. RAIM. ¿Qué es eso?
TOLETE. La mayor de las aves que vuelan.
D. RAIM. Ah, un pájaro. Conforme. Esta es mi mano.
TOLETE. Y ésta es la mía. *(Cambian un apretón de manos.)*
D. RAIM. Condor..., digo, con Dios. ¿Mi hongo?...
TOLETE. Perdone. *(Le da el sombrero.)*
D. RAIM. *(Por el hongo.)* Una joya. Inglés. Ahora, con las libras, los hongos han subido muchísimo. *(Por la puerta de la derecha.)* Es por aquí, ¿verdad?
TOLETE. Sí, señor. Paso delante para indicarle el camino...
D. RAIM. Merci. (¡Siento no llevarme esa butaca!) *(Mutis de TOLETE; don RAIMUNDO se pone el sombrero de medio lado e inicia el mutis canturreando.)* ¡Allon sanfan de la!... *(Dándose un tapabocas.)* ¿Qué haces, Marqués? *(Mutis.)*
QUIRÓS. *(Entrando en escena por la izquierda.)* Está visto que este Tolete tiene suerte. Me alegro, porque le quiero bien y tomo sus cosas como mías. *(Saca del bolsillo unas cuantas cartas, abre una cajita de sellos que hay sobre la mesa del despacho y comienza a pegar sellos en los sobres.)*
TOLETE. *(Entrando en escena.)* ¡Roberto!... Pero ¿dónde estabas?
QUIRÓS. En el billar.
TOLETE. Pues te contaré.
QUIRÓS. No me cuentes nada.
TOLETE. ¿Eh?
QUIRÓS. Me dijo Ramón que Perea había venido a verte, temí que pudiera haber entre vosotros alguna escena violenta y, faltando a todo lo faltable, he oído vuestra conversación. ¡Chico!, he tenido que morder un cojín de miraguano para no soltar el chorro de la risa. ¡Mira que es casualidad!...

Nada, que el secreto de la rubia te convierte en el amo de ese bestia.

TOLETE. ¿Tú crees?...

ELENA. *(Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda.)* Pase usted; no hay nadie. *(Entra seguida de OJEDA.)*

QUIRÓS. ¿Eh?

TOLETE. ¿Qué pasa?

ELENA. Algo muy grave. *(A OJEDA.)* Hable usted.

OJEDA. Pasa, don Bartolomé, que este caballero *(Por QUIROS.)* es un... ¡No lo digo!...

QUIRÓS. ¡¡Dígalo!!

OJEDA. *(A ELENA.)* ¡Dígalo usted!

ELENA. *(Resueltamente.)* ¡Un sinvergüenza y un canalla!...

OJEDA. ¡Lo dijo! *(Suena un timbre dentro.)* Y las personas que le queremos a usted bien no podemos tolerar ciertos abusos...

TOLETE. *(A QUIROS.)* ¿Qué dicen?...

QUIRÓS. Ahora te explicaré...

REMED. *(Por la derecha.)* Señorito... ¡La señorita Sara!

TOLETE. ¡Sara!... *(A OJEDA y ELENA.)* ¡Fuera!...

ELENA. ¿Eh?

TOLETE. ¡Vete!... *(A OJEDA.)* ¡Váyase!... *(A QUIROS.)* ¡Echales!... *(Se va por la derecha.)*

QUIRÓS. *(A ELENA y OJEDA, que están asombrados.)* ¿No han oído?... ¡Largo!... ¡A la cocina!... *(Los empuja hacia la izquierda.)*

OJEDA. ¡Oiga, oiga!...

QUIRÓS. *(Echándole de una patada.)* ¡¡A la cocina!! *(Mutis de OJEDA.)*

ELENA. *(Asustada.)* ¡Jesús! *(Mutis también.)*

QUIRÓS. ¡Pues hombre!...

OJEDA. *(Asomando la cabeza.)* ¡Le visitarán dos amigos!

QUIRÓS. ¡A mí me visitan doscientos, so cursi! *(Desaparece OJEDA, al mismo tiempo que entran en escena por la derecha SARA, una muchacha monísima, elegantísima y nerviosísima, TOLETE, y MISS BELLON, inglesa, de cincuenta años.)*

TOLETE. *(Medio abrazándola.)* No sabes, chiquilla, lo que...

SARA. ¡No, aquí no! *(Habla a ciento por hora.)*

TOLETE. ¿Eh?

SARA. No, nada; creí que me ibas a besar. Como soy así... Hola, Quirós...

QUIRÓS. Sarita...

SARA. Miss, haga el favor; aquí no pinta usted nada. ¿Qué hace usted aquí? ¡Retírese! ¡Vamos!

MISS. Yes.

SARA. Yes, no: ¡ya!... *(A TOLETE.)* Dile a Quirós que la acompañe a cualquier sitio. Le gustan los libros de viajes.

TOLETE. *(A QUIROS.)* Enséñale los once tomos de las expediciones polares...

QUIRÓS. Comprendido. Miss, ¿vamos al Polo?

MISS. ¡Oh, yes!

QUIRÓS. *(Indicándole la puerta de la izquierda.)* Por aquí, so macarena.

MISS. *(Riendo.)* ¡Chulón! *(Se van los dos.)*

SARA. *(Poniéndole las manos en los hombros a TOLETE y saltando.)* ¡Estoy muy contenta, muy contenta, muy contenta!

TOLETE. ¡Chiquilla!

SARA. Bueno, hoy estoy disparada. Soy un ciclón. Si tomo carrerilla y no me entiendes, ponme en segunda, haz el favor. ¡Estoy muy contenta!

TOLETE. ¡Vamos, vamos!

SARA. Eso, sí, vamos; anda, vamos. Podemos llegarnos sin la miss; está ahí en la esquina...

TOLETE. ¿Pero dónde vamos?

SARA. A la tienda de muebles. ¡Qué comedor he

visto! ¡Anda, ven! Hay que poner la casa. No vamos a esperar a que se ponga sola. Tu sombrero; ponte el sombrero, o sin sombrero; así vas bien.

TOLETE. Espera, espera; ¡qué torbellino!...

SARA. Es que no estoy en mí, Tolette. Mis padres han dicho que sí, ¡han dicho que sí! Bueno, ya te lo he dicho. ¿No te lo he dicho? ¡Pues ya te lo he dicho!

TOLETE. ¡Ya, sí, sí; pero frena, por Dios! ¡Siéntate!

SARA. *(Sentándose de repente en la mesa.)* ¡Ya estoy sentada! ¡No, yo lo que tú digas! ¡Venga lo que sea! ¡Tú mandas!

TOLETE. *(Sentándose frente a ella en una silla.)* Bueno, vamos a ver... Dame esas manos. *(Se cogen las manos.)* De modo que te atreviste a decirle a tus padres... ¿Cómo ha sido ello?

SARA. Lo de mi padrastro fué sencillísimo. Entré anoche en su despacho y pim, pam, pum, zas, cataplúm..., listo. Lo de mi madre era más difícil, y esta mañana... Te lo voy a explicar.

TOLETE. Pero despacio.

SARA. No sé si podré. Verás: tiene gracia. Me levanté esta mañana de un salto. Bueno, yo siempre me levanto de un salto; pero esta mañana no fué un salto: fué exhalación de tapón de champán. ¡Pan! Yo misma me asusté. ¡Dios mío de mi alma, cómo estoy! ¡Ay, que no haga ninguna barbaridad!... ¡Pero, sí, sí..., ya, ya!... *(Tomando carrerilla.)* Al saltar de la cama me apoyé en la mesilla, volqué el "verdó", rompí el reloj, tumbé el portátil, desenchufé el enchufe, me enredé en el cordón, tiré la calzadora, le fuí a echar mano, me agarré a la cortina, decolgué la cortina, metí el codo por un cristal, lo hice añicos, salí,

tropecé, me caí, me levanté y me metí en el baño tan tranquila. Solté la ducha, salió que pelaba, pegué un grito, me salí, salté, me escurrí, se me fué el jabón, voló, rompió la luz, rebotó, me dió en la sien, me agarré al lavabo y allá te van la colonia, el Odol, "les poudres rubis" y un frasco de "Cotí".

TOLETE. Ponte en segunda.

SARA. Ya estoy. *(Empieza un poco más despacio para acabar en vértigo.)* Todo esto es para que te hagas cargo de los nervios que tenía esta mañana. Conque me fuí al gabinete, porque me estaba esperando la manicura, y apenas me senté oí a mi padrastro que en el cuarto de al lado le decía a mi madre: "Pero, bueno: ¿quién es el novio de la niña, que yo me entere? A lo mejor es un trotacalles, hijo de un cualquiera, y no, no: entroncar con una familia de villanos, de ninguna manera! ¡Monja la quiero ver antes que eso!" Bueno, con mis nervios, ¿para qué quise oír más? Empujé a la manicura, me levanté, salí, entré, me presenté y le dije... ¡Te vas a reír! *(Ya casi en camelo a fuerza de de prisa, que casi no se le entiende.)* "Mi novio es Fulano de Tal y Tal, y mi novio es un chico distinguido, con muchísima vitola, que si no tiene títulos, tendrá los míos cuando se case conmigo, como los tiene quien yo me sé." ¡La cara que puso Perea! ¿No te ríes?

TOLETE. ¿Pero cómo me voy a reír, si no te entiendo?

SARA. ¡Ay, es verdad! Pues le dije: "Mi novio, ¿sabe usted?..."

TOLETE. *(Atajándola.)* Tu novio, Sarita, te suplica que te calmes y que le oigas, porque lo que va a decirte es algo muy serio y muy triste.

SARA. *(Alarmada.)* ¿Eh?... ¡Tolete!... ¿Qué te pasa?... ¡Dime, por Dios!

TOLETE. Daría media vida por que en este momento no fueras una chiquilla ligera, alocada, impulsiva, nerviosa, sino una mujer con más reposo, con más años.

SARA. ¡Hombre!...

TOLETE. Sí; que los años, como vivirlos es aprender a sufrir, los años enseñan a oír con más calma y a perdonar con más eficiencia.

SARA. *(Alarmadísima.)* ¿Perdonar?... ¿Te tengo yo que perdonar de algo?...

TOLETE. De algo muy grave.

SARA. ¡Ay, no me asustes, por Dios, Tolete!... ¡Ay, Dios mío, que me pongo en lo peor! *(Nerviosísima, saltando de la mesa.)* ¡Si tenía que suceder!... ¡Si eres tú demasiado guapo, demasiado hombre!...

TOLETE. ¡Calma! ¡Calma! ¡No te dispares!

SARA. *(Disparadísima.)* Otra mujer, ¿verdad? ¿Quién es ella? ¿La quieres acaso?... ¿La conozco yo? ¡Di, di!...

TOLETE. ¡Pero, criatura!

SARA. ¿Cuántos hijos tienes? ¡Ay, los hijos! ¡Tienes hijos! ¡Qué pena, Dios mío!

TOLETE. ¡No seas loca! No hay en mi vida ninguna otra mujer. ¡Te lo juro! Ni más hijos que los que algún día hereden tus nervios, que... ¡nos vamos a divertir! No es por ese lado.

SARA. ¡Ay, gracias a Dios! Entonces... ¡Sí! ¡Ya! ¡No me lo digas! ¡Estás arruinado! ¡Sí! ¡Arruinado! *(Disparándose.)* Pero ¿qué importa? ¿No soy rica yo?... Con lo mío nos basta; y si eres tan digno que no quieres vivir a mi costa, renunciaré a lo mío y trabajaremos. ¡Sí! ¡Trabajar a tu lado!... ¡Trabajo y cariño!... ¡La verdadera vida, Tolete de mi alma!

TOLETE. *(Encantado.)* ¡Qué buena eres, y cómo se

asoma a la reja de tus nervios tu corazón tan hermoso y tan mío!

SARA. *(Entregándose.)* Me ha gustado eso de la reja, Tolete... Abrázame, que me dejo.

TOLETE. *(Estrechándola contra su pecho.)* ¡Chiquilla!... ¡Mi vida!... ¡Mi alma!...

SARA. *(Un poco avergonzada.)* Si me besas no hagas ruido... *(Le pone la frente cerca de los labios.)*

TOLETE. *(Besándola.)* ¡Sara!...

SARA. Dime. *(Se sientan, ella en la butaca y él en un brazo de la misma.)*

TOLETE. No es tampoco el dinero.

SARA. ¿Entonces?...

TOLETE. Es lo peor de todo. ¡Lo que tus padres no querrán aceptar nunca!

SARA. Explícate, por Dios.

TOLETE. *(Trabajosamente.)* Yo te he ocultado hasta ahora lo..., lo ilícito de mi origen.

SARA. ¿Eh?... ¿Qué me dices, Tolete?... ¡Dios mío!...

TOLETE. Mi madre fué la Duquesa de Albar y mi padre el Conde Pedro de Sibara, el que murió siendo Ministro de Estado...

SARA. ¡Jesús!... *(Baja la cabeza, abatida.)*

TOLETE. Mi madre, cuando yo nací, estaba separada de su marido: un canalla, que la abandonó... Eso atenúa su falta... Mi padre era casado también. Ninguno de los dos pudo darme su nombre. Riquezas, sí, más de las que podía desear; como si hubieran querido tapar con ellas la crueldad de haberme dado la vida.

SARA. *(Compadecida.)* ¡Tolete!... *(Pausa.)* ¡Entonces, tú!...

TOLETE. Yo no puedo llevar más apellidos que los de mi ama Elena, la pobre mujer que me crió a sus pechos y a la que, sorprendiendo su ignorancia, sin duda, porque ella apenas se da cuenta exacta de su situación, obli-

garon a reconocerme como hijo natural. *(Pausa.)* ¡Qué pena, Sara! *(Se levanta. Nueva pausa.)*

SARA. Los años dan calma y reposo, pero, a veces, en un momento, se viven muchos años de un golpe. Por mi angustia y mi dolor, comprendo lo que has tenido tú que sufrir para revelarme lo que me acabas de revelar. Yo te comprendo con toda mi alma, Tolete, y yo te quiero ahora más que nunca. *(Se levanta.)*

TOLETE. ¡Sara!...

SARA. Porque como yo te quiero porque sí, sin más móvil que mi propio cariño, al ver ahora que sufres, todos mis sentidos parece que me gritan: ¡Quiérelo más! ¡¡Quiérelo más!!... Y ahora soy yo la que te abraza y la que te besa, Tolete de mi vida... *(Lo hace llorando.)* Y la que te jura, llorando, que por nada ni por nadie, ¿lo oyes bien?, ¡por nada ni por nadie, dejaré de quererte y de ser tuya, ahora y siempre! ¡Te lo juro!

TOLETE. ¡Sara!...

SARA. ¡¡Te lo juro!!

TOLETE. *(Casi con el aliento.)* ¡Gracias!

SARA. *(Echando sus cuentas.)* ¡Toma, ahora me explico!... ¡Claro! Por eso aquella noche me dijo Purita Ramos... que yo no comprendí... Y luego, otro día, Mercedes Ordóñez en El Pardo... Esto tuyo debe de saberlo mucha gente, Tolete.

TOLETE. No sé...

SARA. Sí, porque ahora estoy yo poniendo en pie muchas cosas... Y un día la Marquesa de Armisent, cuando tú te acercabas con Roberto Quirós... Sí, pero, claro, ella, por lo que deduzco, creía que tu padre... ¡Dios mío! ¡Lo que nos queda que sufrir, Tolete de mi alma! Porque mi madre...

TOLETE. ¿No crees que acceda?...

SARA. ¡Jamás! La conozco muy bien y no accederá nunca.

TOLETE. Entonces...

SARA. Aguardaremos a que yo sea mayor de edad. No es mucho. Tú tendrás paciencia, ¿verdad? Porque otra cosa no, Tolete de mi vida. Huir, dar el escándalo, quedar yo para siempre con ese estigma... ¡No, no! Tú me quieres mucho, pero me quieres llena de dignidad, ¿no es cierto?

TOLETE. Yo me mataría cien veces antes que dejar caer la más leve sombra de mancha sobre esta cabecita que he llamado loca muchas veces y que desde ahora llamaré santa.

SARA. Santa, no sé; pero sabia..., ya veremos. Porque, aunque tú no lo creas, yo, pensando, voy muy allá; y ahora mismo tengo los sesos que... ¡oh!, ¡oh!... Claro, porque es lo que a mí me está dando vueltas, ya verás: el asunto es que las cosas parezcan que son las cosas, aunque no lo sean, y lo mismo que tienes una madre que no es tu madre, ¿por qué no tienes un padre, aunque no sea tu padre? Un padre que parezca tu padre, que pueda ser tu padre, que legalmente sea tu padre, aunque no sea tu padre. El caso es que yo pueda decirle a mi madre: "Este es su padre y ésta es su madre." Porque teniendo tú madre y padre, ¿qué puede decir mi madre?

TOLETE. ¡Claro!

SARA. Te advierto que, por lo que yo ahora deduzco, la Marquesa de Armisent cree que tu padre es Quirós.

TOLETE. ¿Eh?

SARA. ¿Por qué no le pides que lo sea?

TOLETE. *(Viendo el cielo abierto.)* ¿Tú crees?...

SARA. El es noble, soltero, viejo...

TOLETE. Sí...

SARA. Ha sido un fresco toda su vida y, según dice a todo el mundo, te quiere a cegar.

TOLETE. Eso es cierto. Como quererme, me quiere. Espera. *(Acercándose a la puerta de la izquierda y gritando.)* ¡Roberto!... *(A SARA.)* Has dado en el clavo. Yo con otro no lo haría, porque sería un peligro; pero con él, sí. *(Llamando.)* ¡Roberto!...

QUIRÓS. *(Entrando por la izquierda, muy sonriente.)* Esa miss Bellon es algo muy serio. Le pregunto: "Le gusta a usted el Vesubio?" Y me contesta: "Oh, ye", y me pone la cara para que se la bese. ¿Habrá fresca? *(A TOLETE.)* Bueno, ¿qué hay?

TOLETE. Roberto: necesitamos de ti.

QUIRÓS. Eso me honra.

TOLETE. Acabo de revelar a Sara el secreto de mi nacimiento.

QUIRÓS. Eso te honra.

TOLETE. Su cariño hacia mí no se ha entibiado lo más mínimo.

SARA. ¡Al contrario!

QUIRÓS. Eso la honra.

TOLETE. Estamos dispuestos a luchar por nuestra felicidad.

QUIRÓS. Eso nos honra a los dos.

TOLETE. Y la vamos a lograr gracias a ti.

QUIRÓS. Eso nos honra a los tres. Explícate.

TOLETE. Sara cree, como yo, que, sin tener yo un padre conocido, su madre no accedería jamás a nuestra boda.

SARA. ¡Jamás! ¡Ni mi padrastro tampoco!

QUIRÓS. A ése ya sabríamos reducirle...

TOLETE. Y dice Sara que por qué... ¿eh?

QUIRÓS. ¿Qué?

TOLETE. Que por qué no me reconoces tú como hijo tuyo.

QUIRÓS. ¡¡Jeringa!!... Como dice el Marqués.

TOLETE. ¿Eh?

QUIRÓS. ¡Hombre, Tolete! ¡Caramba, Tolete!...

TOLETE. De cualquier otra persona no me fiaría yo; de ti sí. Me has demostrado siempre verdadero afecto, al que yo he sabido corresponder dignamente. Mi casa y cuanto me pertenece ha sido siempre tuyo en la medida que tú has querido.

QUIRÓS. Sí, Tolete, sí. Tu sastre me viste, tu zapatero me calza y tu cocinero me guisa, sin que tú hayas puesto jamás cortapisas a ninguno de mis deseos. Con la vida no podría pagarte.

TOLETE. Además, por tu edad... y fuera de hipocresías has podido ser mi padre.

QUIRÓS. ¡Y con lo que me gustaba tu pobre madre, que esté en gloria!

TOLETE. ¡Hombre!...

QUIRÓS. Perdóname.

TOLETE. Claro que, accedas o no a lo que te pedimos, tendrás siempre en mí el puesto que mereces por tu bondad y por tus simpatías, y que si accedes, tendrás un derecho que no podrá discutirte nadie.

QUIRÓS. Pero si hablas a un convencido, Tolete. Si me encanta la idea.

SARA. *(Muy contenta.)* ¿Ves?

TOLETE. ¡¡Gracias!!

QUIRÓS. Yo soy quien debe dártelas a ti. Todo padre aspira a que le auxilie en su vejez un hijo bueno, sano, inteligente, noble... Para formar un hijo, trabaja, se afana y lucha toda una vida. Tú me lo das hecho todo sin esfuerzo ninguno por mi parte. Muchas gracias, hombre. Ya tengo un hijo que puede ostentar dignamente el Marquesado, el Condado y las dos baronías que me corresponden... ¡Dame un abrazo, Tolete!... Tú heredarás esos títulos y los honrarás, porque yo sé que es noble la sangre que corre por tus venas, y que es noble, muy noble, tu corazón.

TOLETE. *(Abrazándole, conmovido.)* ¡Gracias, Roberto!...

QUIRÓS. Hoy mismo veré a Nagareño, tu abogado, y mañana quedará hecho el reconocimiento. Desde luego, hoy mismo me instalaré aquí...

TOLETE. A tu gusto.

SARA. ¿Ves que bien? Así queda todo resuelto. Ya tienes tus dos apellidos. Ya tienes padre y madre como todo el mundo.

QUIRÓS. ¿Madre? ¿Cómo madre, si la pobre Leocadia no pudo reconocerle?...

TOLETE. No, si ésta alude a... Porque claro, no... Bueno; tú no te arrepentirás, ¿verdad?

QUIRÓS. *(Molesto.)* ¡Hombre!...

TOLETE. Por nada, ni por nadie.

QUIRÓS. *(Como antes.)* ¡Por Dios, Tolete!...

TOLETE. Dame tu palabra de honor. Sé que jamás has faltado a ella.

QUIRÓS. *(Solemnemente.)* ¡Palabra de honor!

TOLETE. ¡Basta! Ahora ya estoy tranquilo. *(Rumores de voces dentro.)* ¿Eh?

ELENA. *(Entrando en escena con OJEDA)* Escucha, Tolete... Con el permiso de ustedes. *(A SARA.)* Buenas tardes.

SARA. Buenas tardes.

ELENA. Dice una señora inglesa que está ahí en la biblioteca que... *(A OJEDA.)* ¿Cómo ha dicho? Dígalo usted.

OJEDA. Sí, que... *(Al ver a MISS BELLON en la puerta.)* Dígalo usted.

M. BELL. *(Entrando por la izquierda.)* Que es más de la una y a las dos debe estar la señorita en Fuente la Reina para comer con los Vallanudos.

SARA. ¡Bah!

QUIRÓS. *(A ELENA y OJEDA.)* Tienen ustedes la fea costumbre de presentarse aquí sin solicitar la debida autorización, y espero

que no me vuelva a suceder. Esto no es ningún "zoco".

OJEDA. No será un "zoco"; pero hay un zoquete.

QUIRÓS. ¿Eh?

OJEDA. ¡¡Usted!!... Y perdonen las intemperancias.

TOLETE. ¡Señor Ojeda!

QUIRÓS. *(A TOLETE.)* Deja, deja... Son cosas de ellos y mías... De manera que vienen ustedes a darme la batalla, ¿eh?

OJEDA. ¡Sí, señor!

ELENA. ¡O usted a nosotros!

OJEDA. ¡Eso!

ELENA. ¡Guerra al intruso!

OJEDA. ¡¡Guerra!!... (¡Me lo juego todo!)

TOLETE. ¿Pero qué es esto?...

ELENA. Esto es, Tolete, que ese tío, porque es un tío...

QUIRÓS. Soy algo más que un tío.

RAMÓN. *(Por la derecha, anunciando.)* El señor marqués de Laborda.

TODOS. ¿Eh?

D. RAIM. *(Entrando.)* Buenas.

TODOS. Buenas. *(Vase RAMON.)*

SARA. Pero, padre...

D. RAIM. Al salir de la almoneda he visto tu coche, me ha dicho el chófer que estabas aquí con la "miss" y me he dicho: "voy a subir para que Sarita me presente a su novio".

SARA. Pues has hecho muy bien. Aquí lo tienes: mi novio.

D. RAIM. Caballero...

TOLETE. Señor mío... *(Cambian una señal de inteligencia y un apretón de manos.)*

D. RAIM. Pues, nada; ya le habrá dicho la niña... Por lo que toca yo, encantado, ¿eh? ¡Cuidao!

TOLETE. Gracias. Permítame que le presente a mi familia...

D. RAIM. Hombre, sí. Venga de ahí.

TOLETE. *(Por QUIROS.)* Mi padre.

ELENA. ¿Eh?

OJEDA. ¿Cómo?

D. RAIM. *(Saludándole.)* El gusto es mío.

QUIRÓS. Señor mío...

TOLETE. *(Por ELENA.)* Mi madre.

QUIRÓS. *(Aterrado.)* ¿Cómo?

OJEDA. ¿Qué?

D. RAIM. *(Saludándola.)* El gusto es mío.

ELENA. Su afectísima...

QUIRÓS. *(Lívido, trémulo y aparte a TOLETE.)* ¿Pero esa mujer?...

TOLETE. *(Aparte a QUIROS.)* Sí; aparezco como hijo suyo y no hay más remedio que aceptar los hechos consumados.

QUIRÓS. *(Aparte a TOLETE.)* ¡Ah, no! Entonces yo, no... ¡De ninguna manera!

TOLETE. *(Aparte a QUIROS.)* ¡Calla, por Dios! Ya arreglaremos eso.

D. RAIM. *(Dándole el brazo a SARITA.)* Bueno, pues si no mandan ustedes más, nosotros nos piramos.

TOLETE. Como usted guste. Saldré con ustedes...

D. RAIM. No se moleste...

TOLETE. No tuviera más que ver. *(Se van por la derecha DON RAIMUNDO y SARITA seguidos de* TOLETE.*)*

OJEDA. *(A QUIROS. Reconcentradamente furioso.)* ¿Que es usted su padre?

QUIRÓS. ¡Quiá, hombre! ¿Yo qué voy a ser el padre del hijo de esa clase de madre?

ELENA. ¡Qué más quisiera usted!

QUIRÓS. ¿Yooo? ¡¡Utopías!!

ELENA. ¿Qué me ha dicho? *(A OJEDA, abalanzándose a QUIROS.)* ¡Sujétamelo que me lo!...

QUIRÓS. *(Digno.)* ¿A un Quirós?

ELENA. ¡A un Quirós y a dos!

QUIRÓS. *(Avanzando hacia ELENA.)* ¿Cómo?

OJEDA. *(Interponiéndose.)* ¡Alto! ¡Hay que pasar por mi cadáver gélido!

QUIRÓS. *(Despectivo.)* ¡Usted es un enano cursi!

OJEDA. ¡Sí; pero no hay enemigo pequeño! ¡¡Guerra!!

ELENA. ¡¡Guerra!!

QUIRÓS. *(Heroico.)* ¡Pues guerra!

TOLETE. *(Saliendo por la derecha.)* ¿Qué pasa?

QUIRÓS. Que no, Tolete, que no; que alguien suponga que entre esa mujer y yo ha habido ciertos o ciertas... ¡¡Eso sí que no!! ¡¡¡Ni como las palmeras!!!

TELON

ACTO SEGUNDO

Un saloncito con muebles de estilo Renacimiento español. Una mesa en el centro. Al fondo, una gran arcada y un amplio salón o galería de casa grande, casi con honores de palacio. Paso a derecha e izquierda entre el salón y el saloncito y una puerta en cada lateral de éste. Es de día.

(Están en escena SARITA, TOLETE y DON RAIMUNDO: los dos primeros, a la izquierda, pelando la pava muy amartelados, y DON RAIMUNDO a la derecha, de espaldas a ellos y sentado en un escabel, se entretiene en mirar por las lentes de un gran veráscopo una colección de interesantes fotografías.)

D. RAIM. ¡Atiza, manco! Cimborrio de la Catedral de San Pedro. ¡Qué barbaridad, pollo!

TOLETE. ¿Qué?

D. RAIM. Nada, hombre; que yo creí que los cimborrios eran una tribu de salvajes, porque, vamos, al que es muy bestia se le dice que es un cimborrio, ¿no? ¡Pues mire usted lo que es un cimborrio, hombre!

TOLETE. *(Sin moverse de su sitio y pegando la hebra con SARITA.)* Sí, sí; ya lo sabía...

D. RAIM. Usted lo sabe todo, pues yo no. Está visto que la gente no sabe nada, ni lee nada, ni

se instruye, ni nada. ¡Bah! ¡Son unos cimborrios! *(Cambiando la "vista".)* ¡Ahí va eso! "Roma: la Basilisa de San Pedro." *(Cambiándola otra vez.)* Las Batuecas... Monasterio de.

SARA. *(A TOLETE.)* Bueno, sigue.

TOLETE. Pues nada, que el bueno de Quirós firmó ante el juez y los testigos su declaración reconociéndome como hijo suyo, previo mi consentimiento y el del ama Elena, mi madre legal; que el juez lo felicitó con las palabras rituales: "Salud para criarlo"; salió olímpico del Juzgado, tomó mi coche, ya suyo —¡qué le voy a negar a mi padre de mi alma!...—, dijo: "¡A casa!" —a la mía, que ya es suya, ¡figúrate!—, y me dejó convertido en el hombre más feliz de la tierra. Lloró el ama, me abrazaron los testigos, me enhorabuenó el juez, propineé a los amanuenses... ¡Y a ver: fuera modestia! ¿Qué más puede desear tu madre para ti? Un mozo no mal parecido, adinerado, lleno de salud, con ilustres apellidos y heredero de tres títulos y una grandeza. Dame un beso.

SARA. ¡Vamos, quita!

TOLETE. Te lo pide el conde de la Figueira. *(En broma despectiva.)* ¡Marquesilla de Laborda!

SARA. *(Señalando a su padre.)* Pero, hombre...

TOLETE. Está en las Batuecas, mujer. *(Se besan largamente.)*

D. RAIM. ¡Jeringa, como en el cine!

SARA. }
TOLETE. } *(Alarmados.)* ¿Eh? ¿Qué?...

D. RAIM. Mejor que en cine, porque aquí se ven las cosas de bulto. *(Sigue viendo "vistas".)*

TOLETE. Ah, ya, sí.

SARA. *(A TOLETE.)* ¿De modo que Quirós se ha instalado en tu casa?

TOLETE. ¡Y cómo se ha instalado! ¡A lo gran señor! ¡Con qué dignidad, con qué prestancia manda a los criados! ¡Cómo le obedecen todos! Bueno: todos menos el ama Elena, con la que no cruza ni la mirada. ¡Son irreconciliables, chica! ¡Ah! A Ojeda lo he tenido que echar.

SARA. ¿Y eso?

TOLETE. Quirós se enteró de que Ojeda andaba "roneando" al ama Elena y el ama Elena dejándose querer, y me planteó la cuestión de confianza. Tú verás, me dijo, si he de consentir que en mis propias barbas ese mentecato se dedique a "ronear" a la madre de mi hijo.

SARA. No; y tiene razón.

TOLETE. Hasta cierto punto, mujer.

SARA. ¿Pero al ama Elena le gusta Ojeda?

TOLETE. No sé. Como ella es tan cerrada de cascos, Ojeda la lía, la convence y la traía hipnotizada. Habían llegado a formar un frente único contra Quirós, y tuve que cortar por lo sano. Pero, en fin, a lo nuestro.

SARA. ¡Eso: a lo nuestro, a lo nuestro! Quirós viene hoy a pedir mi mano, ¿verdad?

TOLETE. Con toda solemnidad.

SARA. ¿Y tú vas a asistir a la entrevista?

TOLETE. No creo correcto... Yo debo hacer la procesión del niño perdido y volver cuando crea que ya... ¿eh? ¡Atiza, las cinco! ¡Pues ya está al caer! *(Levantándose.)* Me voy. Daré una vuelta por ahí... ¿Pues no estoy nervioso?

SARA. ¡Figúrate tú, yo! Te acompañaré hasta la puerta.

D. RAIM. ¿Qué? ¿Se va usted, pollo?

TOLETE. Sí. Voy a... Pero vuelvo en seguida.

FÉLIX. *(Un criado, en el foro.)* La señora marquesa acaba de llegar.

D. Raim. Dile que estoy aquí viendo las vistas. *(Vase el criado.)*

Tolete. Hasta luego. *(Se van por el foro SARA y TOLETE.)*

D. Raim. Al revoire *(Sigue manipulando en el verásscopo. Por la puerta de la izquierda entra en escena AGUEDA, señora muy estirada, muy enérgica en sus ademanes y en su voz, y, aunque vestida con suma elegancia, un poco ridícula.)*

Agueda. ¡Perea! ¡Perea!

D. Raim. *(Sin moverse.)* Aquí estoy.

Agueda. ¿Qué haces, Perea?

D. Raim. Ya lo ves: viendo vistas. Cincuenta nuevas que miré en casa de Miró y que las compré porque son muy surtidas. Las hay jográficas, uropeas, de monumentos viejos y del Patronato Nacional del Turismo. Esta es de esas del Turismo: "Ninfas desnudas en el bosque". ¡Vaya una propaganda bien hecha pa meter a la gente en ganas de pasarse una temporadita en el campo! Y digo yo: este campo... acércate, mujer; esto debe ser en Asturias, porque yo, al pasar en el tren, vi un campo así; sólo que, como se pasa de noche, estarían durmiendo. ¡Fíjate, marquesa!

Agueda. ¡Déjame! ¡Pues sí que vengo yo para veráscopos!

D. Raim. *(Volviéndose a ella.)* ¿Qué pasa?

Agueda. Ahora te diré. ¡Es algo muy importante; muy, muy, muy!...

D. Raim. No me asustes, Marquesa; que tú cuando empiezas con el "muy, muy" es que te traes algo gordo en el buche.

Agueda. ¡Y tanto! Espera. *(Da un fuerte golpe con los nudillos en una mesa y aparecen súbitamente, como por arte de encanto y por puertas distintas, FELIX, el criado ya*

conocido, y PURA y CLARA, dos criadas uniformadas y pizpiretas.)

FÉLIX. *(Precipitadamente.)* Señora...

PURA. *(Idem.)* Señora...

CLARA. *(Idem.)* Señora...

AGUEDA. *(Sin volverse para mirarlos.)* ¿Llevaron el tapiz a la fábrica?

FÉLIX. Ahora lo llevarán.

AGUEDA. *(Reprimiendo su furia.)* ¡¡Bueno!! ¿Recogieron la jarra de plata de casa de Sanz?

PURA. La señora no dijo qué Sanz era.

AGUEDA. *(Sin mirarla.)* ¡Vaya!... ¡No dije qué Sanz era! ¡¡¡Lo dije!!! ¡Y lo dije muy claro: ¡muy, muy, muy! Dije Sanz Juan, digo Juan Sanz... ¡¡Lo dije!!

PURA. Yo misma me llegaré ahora en un salto...

AGUEDA. ¿Y han avisado para lo del grifo del baño?

CLARA. Ahora se avisará.

AGUEDA. *(Nerviosísima.)* ¡Vamos!.. ¡Pues señor, está bien! *(Furiosa.)* ¡Retírense! ¡Lejos de aquí! ¡Si necesito algo, llamaré de un timbrazo! *(Desaparecen FELIX, PURA y CLARA, cada uno por una puerta.)* ¡Ah! *(Vuelve a dar un golpe con los nudillos y vuelven a aparecer los tres súbitamente.)*

FÉLIX. *(Un poco asustado.)* ¡Señora!...

CLARA. ¡Señora!...

PURA. ¡Señora!...

D. RAIM. *(Señalando a CLARA.)* Esa llega siempre tarde. *(Encantado de todo aquello.)* ¡Vaya una marquesa que tengo pa mí solo!

AGUEDA. No estoy en casa más que para don Roberto Quirós y para doña Elena Rondín. *(A una señal suya se retiran FELIX, PURA y CLARA.)* ¡Felices tiempos los de la esclavitud! ¡Qué gozo vivir en Roma o en Grecia!

D. RAIM. Ya estamos cogiendo el tren.

PURA. ¡Aquellos patricios, dueños hasta de la

vida de sus esclavos!... En este estado de nervios, yo, en Roma, los mandaría azotar en el acto.

D. RAIM. Por eso no quede. Aquí en Madrid, me lío yo con ellos ahora mismo. ¿Voy?

AGUEDA. No digas tonterías, Perea.

D. RAIM. En serio, Marquesa. Por lo menos a ellas les doy yo cuatro azotes a cada una, aunque me castiguen luego los paritarios.

AGUEDA. ¡Vamos, vamos!... ¡Y es que vengo!...

D. RAIM. ¿Pero qué pasa, vamos a ver?

AGUEDA. Que lo de Sarita se tiene que acabar ahora mismo. Que lo de su boda es imposible.

D. RAIM. ¡Jeringa!

AGUEDA. ¡Así como suena: imposible! Tolete es un mal nacido, en el sentido heráldico, alcúrnico y abolénguico.

D. RAIM. ¡Atiza, manco!

AGUEDA. Su origen es algo muy borroso, muy, muy, muy. ¡Y mi hija, no! ¡Una Vulfranes, una Laborda, una Simonono, no! Vengo volada. Acaban de contarme horrores, Perea. La madre de Tolete fué una grande.

D. RAIM. Sí, la conozco; bastante grande.

AGUEDA. Tres veces grande: dos veces grande como noble y una como fresca, porque como fresca fué también grande.

D. RAIM. ¡Qué te parece! Con esa cara de... persona seria...

AGUEDA. ¿Pero tú conociste a la duquesa de Albar?

D. RAIM. ¿La duquesa? ¿Qué duquesa, Marquesa? ¿Pero la madre de Tolete no es doña Elena Rondín, una grandota, espelotadota, bien apañá de tó?...

AGUEDA. Esa es la que aparece como madre, porque su verdadera madre no pudo reconocerlo. y el padre... su padre...

D. RAIM. No te metas con su padre, que me tiene a mí hipnotizao. ¡Vaya un señor, señor! ¡Eso es un señor! ¡Qué poliglotismo tie-

ne! Se ha hecho muy amigo mío: muy, muy. ¡Con qué señorío se deja convidar por mí!

AGUEDA. ¿Pero tú aludes a Quirós?

D. RAIM. A Quirós. ¡Qué seis escudos ha llevao ayer a casa de su hijo! Y nada de eso de "Después de Dios, la casa de Quirós." ¡Cosas más grandes! Mira: hay un escudo que yo he visto, jeringa, que tiene un campo de hules, un casco con quimera, un león rampante muy delgao y un águila con las tripas al aire, con un letrero en el pico que dice: "Es tan alta la rama de los Quiroces—que hasta Dios al llamarlos los llama a voces."

AGUEDA. ¿Y tú crees que Roberto Quirós es el padre de Tolete?

D. RAIM. Claro.

AGUEDA. Pues no es el padre de Tolete.

D. RAIM. Vamos, Marquesa... Te advierto que la certificación del Registro la he visto yo con estos ojos. Allí está escrito: hijo de doña Elena Rondín y de don Roberto Quirós.

AGUEDA. Pues es hijo de la duquesa de Albar y del conde Pedro de Sibara.

D. RAIM. ¿Eh?

AGUEDA. Lo que oyes. Lo más puro de nuestra nobleza, eso sí; pero bastardo por partida doble. Por eso es tan rico, porque la de Albar y Sibara le dejaron sus bienes. Ya comprenderás que la fortuna no le iba a venir de su ama de cría, ni de Roberto Quirós, que será todo lo noble que quieras, pero que si Dios le llama a voces, es porque le debe dinero hasta a Dios.

D. RAIM. ¡Marquesa!

AGUEDA. Y Dios me perdone la bellaquería que he dicho.

D. RAIM. Me dejas afónico. No; si ya decía yo...

AGUEDA. ¿Crees tú que podemos casar a nuestra

Sarita con un hombre que ha nacido de una manera tan irregular? ¡No, Perea, no; es muy lamentable, muy, muy, muy; pero no!

D. RAIM. Espera, Marquesa. Porque... si él aparece "escrito" como hijo de Quirós, y Quirós es noble, él es noble, y hemos terminao.

AGUEDA. Pero esa madre...

D. RAIM. La madre es lo de menos. ¿Quién hace caso de la madre? Ya ves: Adán no tuvo nunca madre, y tan contento.

AGUEDA. ¿Pero qué idiotez estás diciendo, Perea? Yo te digo que entroncar a Sarita en el torcido, tronchado y desmochado árbol genealógico de Tolete, es una monstruosidad.

D. RAIM. Mira, no te andes por las ramas, deja en paz el árbol ginecólogo y piensa en que los muchachos se quieren de verdad. *(A un gesto de AGUEDA.)* De verdad; que yo lo he visto.

AGUEDA. *(Desdeñosa.)* ¡Tú!

D. RAIM. ¡Yo! Por el cristalito del veráscopo, que cerrándolo por arriba es como un espejo y se ve cómo se achuchan por detrás de mí.

AGUEDA. ¡Perea! ¿Qué es eso de que se achuchan?

D. RAIM. ¡Anda ésta!... Pues lo que tú y yo hacíamos en Rialto.

AGUEDA. *(Dejándose caer en una butaca sin aliento.)* ¡Jesús!

D. RAIM. *(Acudiendo a ella.)* ¡Marquesa!

AGUEDA. *(Nerviosa.)* ¡Esto es muy superior a cuanto yo imaginaba! ¡Muy, muy, muy, muy!... ¡Muy, muy, muy, muy!...

D. RAIM. Vamos, cálmate, Marquesa, no seas burra. ¡Que se casen y vayan benditos de Dios! Lo malo sería que el muchacho no tuviera apellidos materno y paterno; pero teniéndolos, ¿qué más da? ¿Quién va a meterse en averiguar si es hijo legítimo o no?

AGUEDA. *(Rebotando.)* ¡Perea! ¿Pero es que Tolete aparece inscrito como hijo natural?

D. RAIM. ¡¡Natural, hombre!

AGUEDA. ¡Ah, villano! ¡Calla! ¡Mi hija! ¡Una Vulfranes! ¡Una Laborda! ¡Oh, no!... Su limpieza de sangre... su nobleza...

D. RAIM. No seas tonta, que las cosas han cambiado mucho desde el catorce de abril.

AGUEDA. *(Irguiéndose.)* ¡¡Para mí no han cambiado!!

D. RAIM. ¡Que te van a dar pa el pelo los jabalises!

AGUEDA. *(Enérgica.)* ¡Nada! Lo de Sara y Tolete, acaba de terminar ahora mismo.

D. RAIM. Pero, mujer, que Quirós y doña Elena van a venir a pedir la mano de la chica...

AGUEDA. Se la niego.

D. RAIM. Marquesa, que eso va a ser una campanada.

AGUEDA. ¡No me importa!

D. RAIM. *(Cuadrándose.)* ¡Pues a mí, sí! ¡Ea! ¡A mí, sí!

AGUEDA. ¿Eh? ¿Qué? ¿Pero es que te atreves a?...

D. RAIM. ¡Sí! ¡Yo, por... razones particulares, me he comprometido con Tolete y con Quirós..., y, vamos, que sí!

AGUEDA. ¡Perea!

D. RAIM. Además, quiero a tu hija, y quiero verla contenta. ¿Quién sabe si eso de la Duquesa y del Conde no es un canal? ¿Por qué no ha de ser un canal?

AGUEDA. ¡¡Canard!! ¡Se dice canard!

D. RAIM. ¿Cómo?

AGUEDA. ¡¡Canard, que es pato!!

D. RAIM. ¡Pues canal, que es agua, digo yo! ¡Al agua el pato, y en paz, jeringa!

AGUEDA. *(Extrañada.)* No te conozco, Perea. Tú tan sumiso siempre, que jamás te has opuesto a mis deseos...

D. RAIM. *(Colándose.)* Es que la rubia...

AGUEDA. ¿La rubia?

D. RAIM. ¡Ay qué tonto! ¿He dicho la rubia? Pues no es la rubia: es la rabia. Digo que la rabia no te deja ver claro algunas veces. Porque, vamos a cuento, Marquesa. ¿Por qué Elena y Quirós, que aparecen como padres de Tolete, y que son de la misma edad y solteros, no han de ser de verdad sus padres?

AGUEDA. De modo que soltero, ¿eh? De manera que esa doña Elena, que fué ama de cría de Tolete, es soltera, ¿no? Pues sí que arreglas tú bien las cosas.

D. RAIM. ¡No, si yo no arreglo nada.

AGUEDA. Y siendo solteros, si en efecto tuvieron ese desliz, ¿por qué no se han casado?

D. RAIM. Porque eso no puede ser, criatura. Se odian a muerte. ¿Qué digo se odian? Se muerden en cuanto se ven. No se les puede dejar solos...

AGUEDA. ¿Ah, sí? ¿Pero esas tenemos?... Entonces. *(Riendo nerviosamente.)* ¡Ja, ja, ja!...

D. RAIM. *(Escamado.)* ¿Eh? ¿Qué piensas, Marquesa?

AGUEDA. Algo muy interesante: muy, muy, muy.

D. RAIM. Te temo.

AGUEDA. Tal vez no seamos nosotros los que tengamos que dar las campanadas, sino ellos. Porque... ¡ja, ja, ja!... Creo que nos vamos a divertir, Pereíta, y Sara no podrá decir nunca que he sido yo la intransigente.

D. RAIM. Explícate, por lo que más quieras.

AGUEDA. Verás.

FÉLIX. *(Por el foro.)* ¿Señora?

AGUEDA. ¿Eh?

FÉLIX. El señor Quirós desea ser recibido por los señores. Está ahí, en el hall, con la señorita.

AGUEDA. Que pase. *(Vase FELIX.)*

D. RAIM. *(Un poco apurado.)* Pero escucha, Marquesa, por tu abuelo el del caballo...

AGUEDA. Déjame ventilar este asunto, Marqués. Se trata del bueno nombre de mi hija y es a mí a quien compete defenderlo.

FÉLIX. *(Anunciando.)* El señor Quirós... *(Cuando entra QUIROS, se va.)*

QUIRÓS. *(Entrando hecho un verdadero brazo de mar. Viste de chaquet.)* ¡Oh!... ¡Agueda!... *(Le besa la mano.)* ¡Querido Marqués!...

D. RAIM. Señor de Quirós... *(Cambian un apretón de manos.)*

AGUEDA. Siéntese.

D. RAIM. *(Por una butaca.)* Esta es muy cómoda.

QUIRÓS. *(Sentándose.)* Gracias. *(Pausa.)*

D. RAIM. *(Tirando de petaca.)* Un cigarrillo... Son "egiptos".

QUIRÓS. Gracias. *(Dando unos suaves golpecitos con el cigarro en la caja de cerillas o en el mechero.)* Es un poquillo embarazosa esta grata visita...

D. RAIM. *(Que ha montado zafiamente una pierna sobre la otra, golpea también con el cigarrillo en el tacón de la bota.)* ¡Bah!...

AGUEDA. De manera que padre de Tolete, ¿eh? ¿Pero cómo lo había ocultado hasta ahora?...

QUIRÓS. Por motivos de delicadeza y de buen gusto, Marquesa. Yo era pobre; mi hijo Bartolo, gracias a cierto regalo primero, al premio grande de la lotería después y a su acierto con los negocios siempre, era inmensamente rico. Decir yo, oficialmente y sin necesidad, es mi hijo, hubiera parecido a algunos un buen negocio, y eso, no. ¿Cuándo he necesitado yo de nadie para nada? Además, tener que confesar que Elena, su madre, y yo nos habíamos puesto de acuerdo alguna vez, me parecía un ataque a mi buen gusto.

AGUEDA. Sin embargo... ese acuerdo ha existido, ¿verdad?

QUIRÓS. Sí. Claro. ¿Si no, cómo...? Con sonrojo lo confieso, pero sí.

AGUEDA. No lo comprendo...

QUIRÓS. Tiene su explicación. Yo era casi un niño...

AGUEDA. Alguna aventura campestre...

QUIRÓS. Carnavalera. En la Zarzuela se celebraban ya bailes de máscaras, y ella, que estaba de cocinera en casa de una familia americana muy conocida, las de Río..., las de Río Rita.

D. RAIM. Mentadísima.

QUIRÓS. Sí. Asistió a uno y...

AGUEDA. Comprendo ahora.

QUIRÓS. Era Domingo de Piñata y se presentó con un traje Pompadour de la señora. Yo, creyendo que se trataba de la propia Río Rita, que era algo alegre y un tanto Pompadour, me sentí Luis XV y le puse asedio. Cuando, aclarado el equívoco, surgió ante mí la cocinera, que estaba entonces más arrocinada y enmulecida aún más que ahora, lejos de horrorizarme el fogón y el hollín... ¡Qué vergüenza!

AGUEDA. ¡Jesús!

QUIRÓS. Como físicamente era hermosa...

D. RAIM. Y lo es.

QUIRÓS. *(Asqueado.)* ¡Por Dios vivo!

D. RAIM. No es por darle a usted coba, pero lo es. Yo entiendo de eso porque he tenido trato con muchas cocineras.

AGUEDA. ¡Perea!

D. RAIM. Mujer, cuando tenía mi tienda de chacina. Yo soy un buen "périto" en jamonas y le digo a usted que esa está todavía muy frescota y tiene un buen pompadur, como usted dice.

AGUEDA. *(Severamente.)* ¡Perea!

D. RAIM. Mejorando los presentes.

AGUEDA. ¡Calla! ¿De modo que aquel domingo carnavalero?...

QUIRÓS. Sí, Marquesa, sí. Momo hizo una de las suyas, y aquel domingo carnavalero..., más que carnavalero piñatero, fué el día triste de mi naufragio. De aquel naufragio quedó ese Tolete.

AGUEDA. ¿Y luego usted y ella?

QUIRÓS. ¡Por Dios, Marquesa!... Luego, horrorizado, vacuné, filtré, esterilicé mi espíritu... Aún me pregunto cómo yo, un Quirós y Valtramilla, pude alternar con el asperón y descender a lo necio, a lo beocio, a lo adefesio y a lo zafio. ¡Qué horror! Si por eso no quise yo que nadie supiese... Pero mi hijo de mi alma ha necesitado ostentar sus dos apellidos, descubrir quién fué su padre, y yo, sacrificándome por su felicidad, me he apresurado a decir al mundo: "Caballeros, fué un *lapsus*, pero ¡yo fuí!" Y hoy vengo a decir a ustedes: "Marqueses de Laborda: Mi hijo Bartolomé Quirós y Rondín, conde de Castromarín y de la Figueira, barón de Recondo y señor de Trelles y Villuti, desea casarse con Sara Alfaro de Laborda, y yo, honrándome, pido su mano, enjugando una lágrima. *(Se seca un ojo.)*

D. RAIM. Pues aquí...

AGUEDA. *(Digna.)* Tú te callas, Marqués.

D. RAIM. Iba a decir que aquí, que es la madre, contestará, porque, por mi parte, conformísimo.

QUIRÓS. Gracías, Marqués.

D. RAIM. *(A AGUEDA.)* Habla tú.

AGUEDA. Pues yo lamento tener que poner a la boda una pequeña condición.

QUIRÓS. ¿Eh?

AGUEDA. Yo no puedo consentir que la heredera del

difunto Vulfranes y Simonono se case con un hijo natural.

QUIRÓS. ¿Eh? ¿Tiene un hijo Sarita? ¡Qué espanto!

AGUEDA. ¡¡Caballero!! Quiero decir que mi hija sólo se casará con un hombre que ostente el título de hijo legítimo, y como para que Tolete ostente ese título es necesario que Elena y usted se casen, exijo que al casamiento de Tolete y Sara preceda el de ustedes.

QUIRÓS. *(De una pieza.)* ¿Eh?...

AGUEDA. Cuando estén ustedes casados continuaremos esta conversación.

QUIRÓS. *(Como antes.)* ¡¡Pero señora!!!

AGUEDA. Es la única condición que impongo. Hasta entonces queda aplazada esta ceremonia.

QUIRÓS. *(Horrorizado.)* ¡No! ¡¡¡No!!! ¡Casarme yo con esa mula! ¡¡Yo del brazo de esa bestia apocalíptica!!

D. RAIM. Hombre, amigo Quirós: no hay que exagerar de esa manera. Bestia y mula, conformes, pero apocalíptica... ¿Cuándo ha ido esa mujer provocativa ni enseñando las piernas, ni haciendo nada apocalíptico?

QUIRÓS. ¡Estaría bueno que a mis años!... ¡¡No!! ¿Yo el hazmerreír de la gente? ¡¡Nunca!! Mucho quiero a Tolete, pero hasta ese extremo, no. ¡¡No!!

D. RAIM. *(A QUIROS.)* Pero, hombre, si después de todo...

QUIRÓS. *(Abroncadísimo.)* Usted se calla, porque, caramba, el ama Elena no es una rubita pimpante como para ponerle un pisito.

D. RAIM. *(Aterrado.)* Oiga, amigo, que no... Porque es que yo... ¡Jeringa!

AGUEDA. ¿Y sabe Sarita que su novio es hijo natural?

SARA. *(Que acaba de entrar en escena por el foro derecha.)* Sí, mamá.

TODOS. ¿Eh?

SARA. Perdona. Venía a decir que el té está servido y he oído tu pregunta.

AGUEDA. ¿Pero?...

SARA. Yo sé que Tolete es hijo natural de Quirós y de Elena, y no me importa. Todos los conflictos tuvieran un arreglo tan fácil como ése, ¿verdad? Ahora, cuando venga Elena, hablaré yo con los dos y se arreglará todo. ¡Los dos son muy buenos! *(A PEREA.)* ¿Vas a tomar el té, papá?

D. RAIM. Bueno.

SARA. *(A QUIROS, muy zalamera.)* ¿Y... usted, papá?

QUIRÓS. ¿Eh?

SARA. ¿No le gusta que le llame papá?

QUIRÓS. Puedes llamarme como te dé la gana, pero yo con el ama Elena no me caso.

SARA. Por un hijo se hace todo.

D. RAIM. Claro, hombre. Usted se olvida de los Castromarines, de los Figueiras y de los Recondos; la vuelve usted a vestir de pompadura, que le diga ella a usted otra vez: "¿No me conoces?, y... ¡vivan los Quiroses!

QUIRÓS. *(Muy mosca.)* Oiga, amigo Perea, bromas con la familia, no; porque soy capaz de darle a usted un golpe.

D. RAIM. Vamos, no seas tonto. Anda p'alante, Quirós. ¡Al té!

QUIRÓS. *(Asombrado.)* ¿Eh?

D. RAIM. ¡Al té se ha dicho! Llévatelo, niña.

SARA. Encantada. Necesito cogerlo por mi cuenta para hacerle unas reflexiones...

QUIRÓS. *(Haciendo mutis con SARA por la derecha.)* ¡Pues me van a dar el té! *(Se van.)*

AGUEDA. *(A PEREA, muy contenta.)* ¿Estas viendo? Este no se casa, porque yo le conozco bien, y no se casa. Sarita no se casa tampoco, y no soy yo la intransigente.

D. RAIM. ¡Tienes talento para seis marquesas más!

FÉLIX. *(Por el foro.)* ¡Señora!... Doña Elena Rondín.

D. RAIM. ¡Atiza!

AGUEDA. ¿Qué hacemos?

D. RAIM. Hay que evitar que se encuentre con el otro.

AGUEDA. *(A FELIX.)* Que pase y aguarde un momento. *(Vase FELIX.)* Nos pondremos de acuerdo con Quirós y con Sarita...

D. RAIM. Y luego que tome el té. Quiero yo que vea toda la plata que hay en el comedor y las dos "vetrinas vicentinas".

AGUEDA. *(Haciendo mutis con PEREA por la derecha.)* ¡Por Dios, Perea!... Cada día hablas peor.

D. RAIM. ¿He dicho alguna picardía? *(Se van.)*

FÉLIX. *(Por el foro, seguido de ELENA y OJEDA.)* Tengan los señores la amabilidad de aguardar un instante.

ELENA. Usted es muy dueño.

OJEDA. Muchas gracias. *(Vase FELIX.)*

ELENA. *(Que viene muy bien vestida, tras una pausa y después de mirar con recelo a todas partes.)* De forma que... ¿qué es lo que tengo yo que hacer?

OJEDA. *(Muy cariñoso.)* Ya lo sabes, Elenita: osculear a la marquesa, dejarte oscular el dorso de la mano diestra por el marqués, tras una inclinación cortesana, y estar atenta a mis insinuaciones para decir lo que yo te sugiera, con absoluta exclusividad de toda lucubración tuya.

ELENA. *(Tragando saliva.)* Bueno; ¿pero qué es lo que tengo yo que hacer?

OJEDA. Pues eso, tontina.

ELENA. ¡Que no me entero, leñe!

OJEDA. Quiero decir que yo llevaré la voz cantante, que te apuntaré al oído, mi vida, lo que has de decir, al modo de los consuetas.

ELENA. Mira, Agusto, como sigas así no nos casamos. ¡A mí, al vino, vino, y al pan, pan!

OJEDA. ¡Pero si estoy vino vineando y pan paneando constantemente. Es que no te fijas. Anda, siéntate. *(Se sienta.)* ¡Ajajá!... Y ahora, si es un caballero el que se presenta, permaneces tú sentada, porque a ello te autorizan los fueros de tu condición femenina señoril, pero si es una señora la que llega, te yergues...

ELENA. Sí.

OJEDA. *(Satisfecho.)* ¡Me has entendido, por fin!

ELENA. No.

OJEDA. Como me dices que sí.

ELENA. ¡Para que te calles de una vez, porque por la gloria de mi madre que me tienes alobá!

OJEDA. *(Retirándose un poco, contemplándola amoroso y suspirando tiernamente.)* ¡Elena!... ¡Qué incultura, qué cerrazón de intelecto más atrayente tienes!

ELENA. *(Estirándose la falda.)* ¡Ay! ¿Es que se me ve algo?

OJEDA. *(Soltando el trapo.)* No, mujer... ¡Ja, ja, ja!... *(Mirando hacia el foro derecha.)* Precaución: alguien se acerca. *(Aparece TOLETE por el sitio indicado.)*

ELENA. *(Acudiendo a él.)* ¡Hijo de mi alma! *(Abrazándole llorosa y besándole.)* ¡Hijo mío!... ¡Hijo de mi vida!... ¡Ay, que te voy a perder para siempre!

TOLETE. Bueno, bueno. Vamos por partes. ¿A santo de qué vienes acompañada del señor Ojeda?

ELENA. *(Ruborizándose.)* Es verdad, sí. Es que...

TOLETE. Estaba yo apostado en el café de la esquina, aguardando tu llegada para volver a subir aquí, cuando tú y Quirós salierais; pero al verte venir con este hombre, que no está ya a mi servicio, he temido que... Porque, caramba, no sé qué pito pueda

tocar el señor Ojeda en una ceremonia tan familiar como la petición de mano de...

ELENA. *(Bajando la cabeza.)* Es que... mira, Tolete... Díselo tú, Agusto.

TOLETE. ¿Eh?... ¿De tú?...

OJEDA. Yo lo diré...

TOLETE. Venga y pronto... ¡claro!

OJEDA. Claro y cristalino, don Bartolo. Allá va. A mí el ama Elena me gustaba hasta el arrebato, y aprovechando ahora la depresión que ha causado en su ánimo la próxima boda de usted y la lesión moral consecuente de sospecharse sola y abandonada en la vida cuando usted formara su nuevo hogar, yo, señor mío, hombre de fina sensibilidad, he penetrado en su corazón.

TOLETE. ¡Ama Elena!

ELENA. ¿Qué ha dicho?

TOLETE. ¿Pero?...

OJEDA. Más claro aún: yo me he permitido ofrecerle mi apoyo y mi mano de esposo; ella ha tenido a bien aceptarme, y ayer, don Bartolo, sin darle un cuarto al pregonero, porque no hay por qué, firmamos nuestro contrato de esponsales, yo con pulso firme, y ella con una santa cruz por no saber firmar.

TOLETE. *(Aterrado.)* ¡Ama!... ¿Qué has hecho, burra, borriquísima?

OJEDA. ¡Don Bartolo!

TOLETE. ¡Como vuelva usted a llamarme don Bartolo le pego un silletazo!

OJEDA. ¿Cómo he de llamarle?

TOLETE. Por mi apellido: Trinidad, digo Rondín, digo Quirós. *(Por ELENA.)* ¡Qué criatura ésta más estúpida!

OJEDA. Señor mío: es mayor de edad y no tiene usted derecho...

TOLETE. ¿Cómo que no? ¡Esta señora es mi madre!

OJEDA. Bueno, sí, ¿y qué?

TOLETE. Que yo no puedo tener al mismo tiempo padre y padrastro.

OJEDA. ¿Cómo es eso?

TOLETE. Que como ésta es mi madre y Roberto Quirós es mi padre, si usted se casa con mi madre, a lo que no puede oponerse mi padre, mi padre sigue siendo mi padre y usted va a ser mi padrastro, en vida de mi padre.

OJEDA. No.

TOLETE. ¿Cómo que no?

OJEDA. No, porque yo no seré un padrastro para usted. Yo le aseguro que seré para usted un nuevo padre. Tendrá usted dos.

TOLETE. Eso es inverosímil.

OJEDA. Pues no sería usted el único caso.

TOLETE. *(Indignado.)* ¡Señor Ojeda!... Además, que no son dos, caray, son tres.

OJEDA. ¿Eh?

TOLETE. Claro. El que me dió el ser, uno; el legal, dos, y usted, tres. ¡Son tres padres! Y, vamos, eso para una misa cantada está bien, pero... *(Mirando hacia la izquierda.)* ¡Mis futuros suegros! ¡Por Dios, ama Elena, a ver cómo te portas! *(A OJEDA.)* Mientras tanto, usted y yo dilucidaremos este asunto...

OJEDA. *(Sentándose.)* Ipso facto. Yo le decía a usted...

TOLETE. *(Levantándolo, tirándole de las solapas.)* No, hombre; eso me lo va usted a decir en la calle.

OJEDA. ¿Es una provocación?

TOLETE. Es un... buñuelo de viento. ¡Nos ha fastidiao! ¡A la calle!

OJEDA. ¡Vamos!

ELENA. *(Agarrándose a OJEDA.)* ¡No; no me dejes sola!

OJEDA. *(A TOLETE.)* ¿Oye usted a su madre? *(A ELENA.)* ¡Descuida, vida! *(A TOLETE.)* Luego hablaremos.

TOLETE. ¿Cómo luego? ¡Quiá, hombre!

AGUEDA. *(Saliendo por donde se fué.)* ¡Oh, cuánto gusto!... *(A TOLETE.)* ¿Su madre?

TOLETE. ¡Mi madre! *(Reverencias mutuas entre AGUEDA y ELENA.)*

AGUEDA. *(A TOLETE, por OJEDA.)* El señor...

TOLETE. El señor no es nadie. Es mi antiguo administrador. Venía acompañándola; pero ya aquí no pinta nada, y me lo llevo, con su permiso...

AGUEDA. Al salón de té, si quieren. Pueden ustedes pasar mientras nosotras hablamos. *(A ELENA.)* No le hago la misma invitación, porque está allí el señor Quirós, y no quiero exponerla a una situación tirante... dada la incompatibilidad de caracteres....

ELENA. *(Asida a OJEDA.)* Sí, señora; pero que se quede Agusto, que yo sin Agusto no me encuentro a gusto.

AGUEDA. Pues a su gusto.

ELENA. El gusto es mío

TOLETE. ¡Vaya, hombre! Pues nada, pues... yo voy a... *(Haciendo mutis por la derecha.)* (Le diré a Quirós lo que pasa, porque, vamos, ¡esto, no!) *(Vase.)*

AGUEDA. Si quieren sentarse... *(Se sientan los tres.)*

D. RAIM. *(Saliendo por la derecha.)* Hombre: ¡cuánto bueno por esta casa!... ¿Qué tal y cómo la va, señora. *(La besa la mano.)*

ELENA. *(Espantada.)* ¡Ay qué tío!

D. RAIM. *(A OJEDA.)* ¡Hola!

OJEDA. ¡Hola!

D. RAIM. *(Aparte a AGUEDA.)* ¿Quién es este tipo?

AGUEDA. Calla, Perea; siéntate. Ya aclararemos... *(A ELENA.)* Por lo pronto, abordemos el tema sin circunloquios; ¿le parece a usted?

ELENA. *(A OJEDA.)* ¿Qué dice? ¿Qué digo? *(Por OJEDA.)* Yo, lo que diga éste.

AGUEDA. Bien, pero no me explico que el señor...

OJEDA. Breves frases. He oído, si no he oído mal, que el señor Quirós se encuentra en la casa, ostentando... ¡el muy ostentoso!, la representación paternal que le confiere la ley.

AGUEDA. En efecto: y ha venido a pedir la mano de mi hija.

OJEDA. Como si no. *(A ELENA.)* ¿Verdad?

ELENA. Lo que tú digas.

OJEDA. Como si no, porque soy yo y no él quien puede ostentar el título de padre, ya que voy a casarme con su madre.

AGUEDA. ¿Cómo?

D. RAIM. ¡Arrea!

AGUEDA. ¡Perea!

OJEDA. Y estamos aquí en el mismo caso: padrastro y madre de la novia y madre y padrastro del novio.

D. RAIM. ¡Hombre, capicúa!

AGUEDA. Calla, Perea.

OJEDA. De forma que tengo el honor de solicitar la mano de...

AGUEDA. Un momento, señor...

OJEDA. Quería decir...

D. RAIM. ¡A callar! Las señoras por delante.

AGUEDA. Esto complica seriamente el ya complicado asunto. Yo había decidido...

OJEDA. Lo que haya decidido con el señor Quirós es vano y baldío.

AGUEDA. Es el padre.

OJEDA. Eso dice él; pero... ¡que se cree él eso!

AGUEDA. ¿Esto más?

D. RAIM. Pero si nos ha contado hasta cómo fué; que el hombre se equivocó aquí con ésta... la Pompadur...

AGUEDA. *(Dándole un codazo.)* ¡Perea! *(A OJEDA.)* De todos modos, caballero, legalmente, el padre es el señor Quirós. *(A*

ELENA.) Y usted la madre, ¿no? Pues bien; por el respeto debido a las consideraciones sociales y sintiéndolo mucho, hemos de aplazar esta conversación hasta que el señor Quirós y usted, señora, contraigan matrimonio.

ELENA. ¡¡Rediez!!

AGUEDA. ¿Cómo? ¿He oído yo mal, o ha dicho usted rediez!

ELENA. ¡Pues claro que rediez! ¡Anda ésta!... ¿Qué querrá que le diga?

OJEDA. *(Enérgico.)* ¡Y yo hago mío el rediez, aquí y en la calle!

AGUEDA. *(Levantándose digna.)* ¡Señor mío!

D. RAIM. ¿Te ha faltao, Marquesa? *(Encarándose con OJEDA y medio quitándose el chaquet, dispuesto a todo.)* ¡Usted es un borracho, y yo me parto la cara con usted ahora mismo!

ELENA. *(Interponiéndose.)* ¿Con éste? ¡A éste no hay quien le toque un pelito mientras esté yo delante, que pa eso me voy a casar con él, porque quiero y me da la gana!

D. RAIM. *(A AGUEDA, por ELENA.)* ¿Me lío con ella?

OJEDA. *(Interponiéndose.)* ¿Con ésta, estando yo aquí?

ELENA. *(Cogiendo a OJEDA de un brazo y quitándoselo de enmedio bruscamente.)* Mira, quita, que de esto de broncas entiendo yo. ¡Que me case yo con Quirós!... ¡Ay qué risa!... ¡Si tendrá gracia, que no me sale la risa!

OJEDA. *(Atrincherado tras ELENA.)* ¡Pues a mí, sí. *(Muy destacado y desentonado.)* ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

D. RAIM. Oiga usted, tío mono... *(Por la derecha entran en escena TOLETE, SARA y QUIROS.)*

TOLETE. *(Muy alborotado.)* No, Sara; este asunto exige una inmediata aclaración.
AGUEDA. *(Extrañada.)* ¿Qué sucede?
TOLETE. Perdóneme, señora. Acabo de saber que pone usted como condición para nuestro casamiento, el casamiento de mis padres.
AGUEDA. En efecto. De eso estábamos hablando ahora mismo. Creo que no exijo nada injusto ni exagerado...
TOLETE. Exige usted un imposible.
QUIRÓS. Esa es la palabra.
OJEDA. La verdaderamente encajante.
QUIRÓS. *(A OJEDA.)* ¡¡Usted se calla!!
OJEDA. ¡No me da la gana! *(Como antes.)* ¡Ja! ¡Já! ¡Já!
TOLETE. *(A AGUEDA.)* Usted sabe, señora, como lo sabe el Marqués, que, dadas las diferencias que separan esencialmente a mis padres, pedir que se unan es tanto como prohibir nuestra boda.
AGUEDA. ¡Ah, eso allá ellos y allá tú!... Yo lo que deseo es que la familia legítima que ustedes constituyan, sea continuación de otra familia legítima también. No quiero que ningún nieto mío se avergüence nunca de sus abuelos paternos. Tu calidad de legítimo es la única condición que impongo.
TOLETE.. *(A ELENA y QUIROS.)* Ya lo oyen ustedes.
QUIRÓS. ¿Cómo? ¿Qué? ¡Ah, no sé!... No he oído nada. Soy Tapias, de onceno apellido.
OJEDA. *(Por ELENA.)* La señora es Paredes por parte de madre.
ELENA. No: Bedolla; mi madre era Bedolla. ¿Por qué has dicho que era Paredes?
OJEDA. Ya, ya te explicaré...
TOLETE. Ya ves la situación, Sarita.
SARA. Sí.
TOLETE. Aguardaremos a que cumplas tu mayor

edad y puedas disponer libremente de tu persona.

AGUEDA. ¿Serías capaz entonces de oponerte a los deseos de tu madre y de romper con ella para siempre?...

SARA. ¡No, mamá! *(La abraza.)* ¡Eso, nunca!

D. RAIM. *(Muy satisfecho.)* ¡Así!

QUIRÓS. *(Aparte a DON RAIMUNDO.)* ¡Que hablo de la rubia! *(DON RAIMUNDO le impone silencio.)*

TOLETE. *(A SARA.)* Entonces, ¿debo renunciar?...

SARA. ¡No, Tolete! ¡Eso, jamás!

TOLETE. Es que...

SARA. Todo puede conciliarse. Yo no quiero casarme contra la voluntad de mi madre; me parecería que no iba a ser feliz nunca. Ni puedo tampoco renunciar a ti, porque entonces sí que sería desgraciada. *(Por ELENA y QUIROS.)* Son ellos los que tienen que ceder. Lo que mi madre pide es muy justo. A nosotros mismos nos... molestaría el día de mañana que nuestros hijos, al hablar de sus abuelos, hicieran distingos entre ellos, por no estimarles a todos de igual condición. Es necesario que ellos se casen.

QUIRÓS. ¡Quiá!

ELENA. ¡Al instante!

OJEDA. ¡Ja, ja, ja!

SARA. Ya sé yo, y entiéndalo el que quiera, que si tú te llamaras... como te llamas, al ver... "tus padres", que por causa de ellos ibas a ser desgraciado toda la vida, accederían en el acto a lo que se les pide. Como acabaría cediendo mi madre, si no hubiera otro remedio. ¿Verdad, madre?

AGUEDA. ¡¡No!!

SARA. Sí; tú cederías. ¡Ellos, no! Cuando las dos madres que se disputaban a un mismo hijo,

acudieron a Salomón, y éste mandó dar medio niño a cada una de ellas, la verdadera madre, aterrada, cedió su parte a la rival; lo harías tú, madrecita, porque tú eres mi madre, porque tú me quieres de verdad; porque ante tu cariño cederían el orgullo y el amor propio y todas las demás consideraciones. Pero a ellos ¿qué les importa Tolete? ¿A nombre de qué afecto van a sacrificar por él su egoísmo? Este señor no es su padre. Esta señora no es su madre.

TOLETE. *(Apesadumbrado.)* ¡Tienes razón!

ELENA. ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué?... ¿Qué dice esa tonta?

TOLETE. *(Con severidad.)* ¡Ama!

ELENA. ¡Tonta, retonta; eso es! ¡Pues, hijo! A ti no te querrá ese tío, que no sé si es tu padre, ojalá no lo sea; pero yo, que no soy tu madre, te quiero más que todas las madres juntas. ¡Ya está dicho!

OJEDA. Bueno, mira, Elena...

ELENA. Que te calles, mosquito, que estamos hablando en serio! *(Le da un empujón, arrojándolo sobre don Raimundo, y éste le da otro que lo lleva hasta Quirós, que también lo aparta bruscamente de sí.)*

OJEDA. ¡¡Elena!!

ELENA. ¡Pues estaría bueno! Eso de Salomón lo he entendido yo muy bien, porque ese cuento lo sabía yo de antiguo. Y ¿saben ustedes lo que yo dije cuando me contaron ese cuento? Pues dije que, de las dos madres, si una lo había alumbrao y la otra lo había criao a sus pechos, tan madre era la una como la otra, eso es. Porque yo soy tan madre de éste como su madre, que esté en gloria; que yo la conocí, pero que no soy yo, aunque ahora digan que lo soy en ese registro que me han hecho.

TOLETE. Cálmate, ama, cálmate.
ELENA. ¡No quiero!
TOLETE. ¡Ama!
ELENA. ¡Ea, y ya me solté yo el pelo! A mí me han herido en lo sensible; yo soy más sensible que nadie. ¡¡Más que nadie!! ¿Qué es eso de que una no va a hacer lo que haga otra? Yo me guardo mi orgullo, que lo tengo, y mi amor propio, que lo tengo también, y tiro por la ventana lo que más me importa para que mi hijo, ¡¡¡mi hijo!!! ¿Lo oyen ustedes bien? ¡¡¡mi hijo!!!, no pase penas.
TOLETE. Gracias, ama.
SARA. ¡Así se habla!
ELENA. Y así se hace. ¿Qué es menester para que tú no sufras? ¿Que yo me sangre las venas? Pues aquí están mis brazos. ¿Que me case con un tío sinvergüenza? ¡Ea, pues hala, Quirós! ¡A la Vicaría!
OJEDA. ¡¡Elena!!
QUIRÓS. ¡Señora!
ELENA. *(Enérgica.)* ¡A la Vicaría por lo que sea! *(Acercándose a QUIROS, suplicante y llorosa.)* ¡Por lo que sea! ¡Por su bien, todo!... ¡Porque él no sufra, todo!... ¿Quiere usted? Nos casamos; que él no... eso que quiere esta señora; que ellos puedan casarse, que dejen de penar, y usted a mí me pega, me descuartiza, me mata o me entierra viva, lo que quiera, que yo me moriré dándole las gracias. ¡Don Roberto!... ¡¡Llorando se lo pido!! Nos casamos y nos vamos de aquí para no estorbar, y usté... usté me deja en Burdeos como aquella vez. ¡En Burdeos! ¡¡En Burdeos!! *(Emoción en todos.)*
QUIRÓS. *(Un poco conmovido.)* Salomón, en este caso, hubiera hecho el ridículo.
ELENA. ¿Qué dice usted, don Roberto?

QUIRÓS. ¡Fijen ustedes la fecha de nuestra boda! *(Cada uño de los personajes expresa con el gesto la impresión que le produce la noticia.)*

D. RAIM. *(A OJEDA.)* Oiga, tío mono. *(Remedándole.)* ¡Já! ¡Já! ¡Já!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Es de día. Hay en escena muchas cajas y estuches cerrados, que se suponen son los regalos que va recibiendo Sarita.

(Al levantarse el telón están en escena MISS BELLON, PURA y FELIX. La miss y FELIX están regañando.)

M. BELL. Está usted muy poco educado.
FÉLIX. Mejor para mí.
M. BELL. ¡Grosero!
FÉLIX. ¡Vaya usted a... Escocia, que es donde hay más bacalao!
M. BELL. ¿Cómo dice?
FÉLIX. ¡Que se vaya usted a... donde usted sabe!
M. BELL. ¡Y usted que lo vea!
FÉLIX. *(A PURA.)* Pero ¿te has fijado en las historias que ensarta por poco más de nada?
PURA. Bueno, pero ¿qué ha pasado hoy, que siempre están ustedes así?...
M. BELL. Pues que el otro día me dijo que yo era más fea que Carlos Tercero, y yo no le di importancia, pero cuando he visto cómo era el Carlos Tercero he comprendido que era un insulto muy grande.
FÉLIX. ¡Bah!
M. BELL. Y ya me he cansado de usted. Hoy le diré

a la señora que usted o yo. ¿Usted ha oído? ¡Usted o yo! *(Vase por la derecha.)*

FÉLIX. Sí, señora: yo oí, ésta oyó y usted... o yo. *(A PURA.)* Pero ¿tú has visto qué pelmaza de señora? ¡Así veamos la libra a treinta céntimos, como los tomates!

PURA. ¡Sí que está golosa la casita!

CLARA. *(Por el foro, con una caja en la mano.)* ¡Otro regalito! *(PURA al ver a CLARA le vuelve la espalda despectivamente.)*

FÉLIX. ¿Qué es?

CLARA. Un bolso Y de los que le gustan al señor Marqués, de esos de... lagarto.

FÉLIX. De lagarto chipen, o de... lagarto sea. *(Hace la consabida seña con los dedos.)*

CLARA. De... ¡lagarto sea! *(Deja la caja, cerrada, sobre la mesa del centro.)*

FÉLIX. ¡Atiza! No, si aquí va a suceder algo muy gordo. Esta boda no cuaja; y si no, al tiempo.

PURA. Pero ¿es que ocurre algo nuevo?

FÉLIX. Por lo pronto, que don Augusto Ojeda ha vuelto de Burdeos sin haber podido comprobar si el cadáver de mujer que arrojó el mar a la playa era o no el de la madre del señorito Tolete, y si el caballero que se voló la cabeza con dinamita en el tren de Arcachon era o no don Roberto Quirós.

PURA. De ese doble suicidio, porque esa boda tiene que acabar en un doble suicidio, será responsable siempre la señora Marquesa. A personas que se odian de ese modo no se las puede obligar a vivir juntas. *(Reticente, y mirando a CLARA con desprecio.)* ¡Si soy yo, con quien yo me sé, y no puede ser!

CLARA. Eso digo yo; y para no volarle la cabeza a nadie...

PURA. ¡Volaban!

CLARA. ¡Ni arrancarle la lengua!...

PURA. ¡Arrancaban!

CLARA. Me voy a marchar de esta casa.

PURA. ¡Marchaban!

CLARA. *(Dispuesta a arrancarse.)* ¡Malhaya sea!...

FÉLIX. Que hoy no os separo, ¿eh? Hoy os agarráis y os mondáis. M'habéis roto ya dos trajes, y bromas con la ropa, no; caray, que está carísima. *(Rumor de altercado dentro. Escuchan los tres.)*

AGUEDA. *(Dentro, en tono muy descompuesto.)* ¡¡Eso es una cerdada!!

D. RAIM. *(Idem de ídem.)* ¡Aquí no hay más cerda que tú!

AGUEDA. *(Como antes.)* ¡¡Vete!!

D. RAIM. *(Idem.)* ¡¡No quiero!!...

FÉLIX. ¡Aprieta!

PURA. No, si la señora cuando se pone en jarras parece que ha nacido en Rabanal de Abajo.

CLARA. *(Muy agresiva y furiosa.)* ¡Con mi pueblo no te metas tú, porque te doy una torta!

PURA. ¡Daban!

CLARA. ¡Dan! *(Le atiza una tortaza.)*

PURA. ¡Ay su madre! *(A FELIX.)* ¡No me la quites!

FÉLIX. ¡Yo que te la voy a quitar!

PURA. ¡Dejámela!

FÉLIX. ¡Pa ti pa siempre!

PURA. *(Dispuesta a comérsela.)* ¡Ahora verás!

CLARA. *(Mirando hacia la izquierda y cuadrándose.)* ¡¡La señora!! *(FELIX y PURA quedan de una pieza sin atreverse a mirar. CLARA dice como si en efecto hubiera entrado la señora):* Sí, señora; con el permiso de la señora. *(Se inclina y se va por la derecha precipitadamente diciendo):* (¡Me vas tu a mí a coger!...) *(Mutis.)*

PURA. *(Al ver que no hay tal señora.)* ¿Eh?... Pero ¿ha sido una estratagema?... ¡Malhaya sea!

FÉLIX. *(Riendo a carcajadas.)* ¡Jajaja!...

PURA. De mí no te ríes tú ni tu padre. *(Le da un tortazo.)*

FÉLIX. *(Al ver a AGUEDA que entra en escena por la izquierda.)* ¡La señora!

PURA. *(Sin volverse a mirar y creyendo que no es verdad.)* ¡Que le den morcilla a la señora!

AGUEDA. ¿Eh?... ¡Y a usted que le den la cuenta, ordinaria, más que ordinaria!

PURA. Sí, señora; pero a esa que ha tenido la culpa le voy yo a ajustar la cuenta también. ¡No va a quedar un cacharro entero en la cocina!

AGUEDA. ¡Se guardará usted muy mucho! ¡Muy muy muy!

PURA. Muy muy muy buenas tardes. *(Se va por la derecha.)*

AGUEDA. ¿Eh? ¿Es que se mofa la muy muy muy...? *(Al ver que FELIX disimula la risa.)* También usted puede marcharse: entre la Miss y usted, prefiero a la Miss.

FÉLIX. Sí, ¿eh? Pues hoy van a bajar las libras. *(Mutis por la derecha.)*

AGUEDA. *(Hablando hacia la izquierda.)* ¿Tú no oyes? ¡Sal!

D. RAIM. *(Entrando en escena.)* Sal y vinagre. ¡Malhaya sea la hora que...

AGUEDA. *(Desafiándole.)* ¡Qué!... ¡¡Qué!!... ¡¡¡Qué!!!...

D. RAIM. Que eso que te han dicho, Marquesa, no es verdá. ¿Yo con una rubia de rompe y "rasca"? Pero ¿por dónde?

AGUEDA. No, si a mí... ¡Pchs!

D. RAIM. Lo que ocurrió fué que estaba yo en las carreras diciendo que iba a ganar "Epa-

minondas", un caballo de la Cimera, y al mirar con los prismáticos me se cayó el cartoncito ese que le dan a uno cuando apuesta...

AGUEDA. Ah, el tíquet.

D. RAIM. Eso, sí; el tique. Bueno, pues me se cayó el tique y una muchacha rubia al oxígeno que estaba a mi lado por casualidad, se agachó, lo cogió y me lo dió. Yo, claro, al ver la buena educación de la rubiales, le di las gracias y le dije lo que suele decirse en un caso así: "Quisiera yo que se le cayera a usté algo para tirarme al suelo y recoger lo que fuera con los dientes."

AGUEDA. ¡Muy distinguido!

D. RAIM. Ella se "sonriyó", me contestó lo que me hubiera contestao cualquier muchacha fina: "¡Qué asaura tan grande tiene usté!..."

AGUEDA. ¡Bonito!

D. RAIM. Le contesté yo: "Que haiga salud", y eso fué todo: un momento de buena sociedad, y nada más.

AGUEDA. ¡Está bien!

D. RAIM. Mira cómo te lo juro. *(Se besa los dedos en forma de cruz.)*

AGUEDA. Sí, sí...

D. RAIM. Que te lo he jurao, Marquesa.

AGUEDA. Vuelvo a decirte que está bien.

D. RAIM. Es que estás de una conformidad, Marquesa, que, jeringa, por mucha educación que tenga uno, le pones a uno en el "afiladero".

AGUEDA. ¡Motivos tengo para estar como estoy!

D. RAIM. ¡No los tienes! Si es por lo mío, ya te he contao en lo que consistió el "flit", y si es por lo de tu hija, tampoco. Tú le impusiste a Tolete una sola condición: que se casaran sus padres. Luego y viendo que "acedían" les "añadiste" que tenían que irse por ahí en viaje de luna de miel. Se casa-

ron, tú y yo asistimos a la boda, tú pa sujetar a Elena y yo pa sujetar a Quirós; les acompañamos a la estación, y allá se fueron a matarse, porque esos se han matao. El metido que le dió ella a él en un costao al salir de la Iglesia, fué el "preludio de la catombe".

AGUEDA. Entonces, ¿tú crees, como yo, que la ahogada en Burdeos es Elena?...

D. RAIM. Estoy seguro .

AGUEDA. ¿Y que el de la cabeza volada es Quirós?

D. RAIM. ¡Me dejo cortar una mano!

AGUEDA. ¿Y creyéndolo así quieres que se casen Sara y Tolete?

D. RAIM. Claro. ¿El no es ya legítimo?

AGUEDA. Aunque lo sea. ¿Cómo va a casarse mi hija con el hijo de unos asesinos o de unos suicidas? ¿Qué sangre va a mezclar a nuestra sangre?

D. RAIM. ¿Pero no estás segura de que él no es hijo de ninguno de los dos?

AGUEDA. ¡Por si acaso!

D. RAIM. ¿Y tu palabra? ¿Y el escándalo? Con tantos regalos como ya han recibido... *(Por la caja que puso CLARA sobre la mesa del centro.)* Hombre, uno nuevo. *(Abriendo la caja.)* A ver lo que es... *(Aterrado.)* ¡Lagarto!... ¡Lagarto!...

AGUEDA. *(Acercándose.)* ¿A ver?

D. RAIM. ¡No lo toques!

AGUEDA. *(Trasteando en la caja.)* Es muy bonito.

D. RAIM. *(Cada vez más descompueso.)* ¡Deja eso, Marquesa, que me pierdes!

AGUEDA. *(Como antes.)* ¡Qué bonita piel!

D. RAIM. *(Enloquecido, cogiendo un libro.)* Tapa eso, maldita sea tu cara, o te achoco.

AGUEDA. ¿A mí?

D. RAIM. A ti, a tu padre, a tu tío el del caballo, a tu abuelo el virrey y a tu tatarabuelo el condestable.

AGUEDA. *(Sacando el bolso.)* ¡Perea!

D. RAIM. *(Tirándole el libro, que le da a la caja y al bolso y rompe lo que haya sobre la mesa.)* ¡Maldita sea!

AGUEDA. ¡¡Ay!!... ¡¡A mí!!... ¡A mí!!

D. RAIM. A ti te voy a poner a caldo, so cursi, porque eres una cursi y una tía borracha. ¡Ea! ¿Qué va aquí jugao?

AGUEDA. Comprenderás, Perea, que por esta brutal agresión no paso.

D. RAIM. ¿A esto llamas tú brutal agresión? ¿Pues qué vas a decir cuando yo te dé una patá en los riñones?

AGUEDA. ¿Eh?

D. RAIM. ¡Y te la voy a dar, Marquesa!

AGUEDA. ¡¡Perea!!

D. RAIM. No sé cuándo, pero te la voy a dar.

AGUEDA. *(Creciéndose y jugándose el todo por el todo.)* ¡Basta! ¡No te temo! ¡Cobarde, mandilón, lerdo, vitando, perro! *(Le tira el bolso.)*

D. RAIM. ¡Jeringa! ¡Lagarto!

AGUEDA. ¿Crees tú que la heredera de un Gildardo, que asaltó tres torreones, y la nieta de un Argentes Cucagalla, que luchó con seis en Cincovillas, va a asustarse de ti? ¡No! ¡No! ¡Sábelo! ¡No te temo! ¡Aquí no ha de haber más voluntad que la mía! Y porque yo no quiero no se casarán Sara y Tolete, y porque a mí no me da la gana, no volverás a meterte en lo que no te incumbe, aunque tengas más millones que Creso. *(Despectiva.)* ¡A mí, tú! ¡¡Tú!! ¡Perea el de los marranos, como te llamaban! *(Riendo nerviosamente.)* ¡Ja, ja, ja! *(Haciendo mutis por la izquierda.)* ¡Estaría bueno! *(Ya en la puerta.)* Mira cómo me río. ¡Ja, ja, ja!... *(ase.)*

D. RAIM. *(De una pieza.)* ¡Jeringa! No; si yo ahora me achico, estoy perdido. Esta es nues-

tra primera pelea, y si me coge la vez, "marituren te debutan", como dijo Vespasiano. ¡Quiá! Ahora se habrá encerrao en su cuarto; pero en cuanto abra, lo de la patá en los riñones va a ser hoy. *(Mutis por la izquierda.)* *(Tras una breve pausa entran en escena, por el foro derecha, SARA y TOLETE.)*

SARA. ¿Te dijo Ojeda que iba a venir a contarnos el resultado de sus pesquisas en Burdeos?

TOLETE. Sí. Por cierto que lo encuentro rarísimo. Yo creo que está un poco trastornado. Dice que ve a Quirós y al ama Elena en todas partes. Los remordimientos que no le dejan vivir. Se ve que tiene más conciencia que... otras personas.

SARA. Mira, Tolete; reticencia, no, porque no te lo consiento.

TOLETE. ¡Mujer, por Dios!

SARA. Tengamos la fiesta en paz.

TOLETE. Si aludo a lo que han hecho Ojeda y Ramón, mi criado, que es gravísimo. Ojeda le entregó al ama Elena un tarro con ácido prúsico para que envenenase a su marido.

SARA. ¡Jesús!

TOLETE. Y Ramón le compró a Quirós cincuenta ta gramos de arsénico para que acabase con el ama.

SARA. ¡Qué asesinos!

TOLETE. Por eso no resuella ninguno de los dos. ¡Sabe Dios cómo estarán ahora y dónde estarán! Además, es rarísimo que lleven por ahí dos meses sin que ninguno de los dos dé señales de vida.

SARA. ¡Dios mío!

TOLETE. ¡Pobre ama Elena! Claro que eso es lo que esperaba tu madre, y por eso exigió que emprendieran aquel viaje ridículo. Porque tu madre lo que quiere es un luto o un es-

cándalo, o algo que aplace nuestro casamiento, para que tú reflexiones entre tanto y me mandes a paseo, o riñamos por cualquiera de las mil simplezas que hacen reñir a los novios. Pero eso no. Yo te aseguro que no se sale con la suya. *(Atrayéndola y abrazándola.)* ¡Ven tú aquí, so fea, que no riño yo contigo por nada de este mundo!...

SARA. ¡Muy bonito, hombre! De modo que yo, que estaba encantada por lo amable que estás estos días conmigo..., ahora resulta que no es por cariño, sino por darle en la cabeza a mi madre, ¿verdad? Pues si que... ¡Caramba, hombre!...

TOLETE. ¡Jajaja!... No, mujer, no saques las cosas de quicio. Yo es que... *(Intenta abrazarla.)*

SARA. ¡Quita! No; si ahora me explico yo el por qué no has saltado más de cuatro veces, habiendo tenido motivo, que yo pensaba: ¡lo que me quiere!... Lo que me quiere...

TOLETE. Y te quiero...

SARA. ¡Naranjas!

TOLETE. Vamos, tonta...

SARA. ¡Y naranjas agrias, para que te enteres!

TOLETE. ¡Pero criatura!...

SARA. Ea: luche usted contra viento y marea; aguante usted sofiones, nubarrones y chaparrones; pase usted por todo; soporte usted pullitas, indirectas y destemplanzas, para que luego resulte que lo que se juega no es un cariño, sino un poco de amor propio mal entendido...

TOLETE. Mira que voy a creer que, convencida por tu madre...

SARA. ¿Yooo?

TOLETE. Sí. Tú. ¡Pues ni así, porque yo creo...!

SARA. Puedes creer lo que te dé la gana. Después de lo que he oído de tus labios, me importan muy poco tus creencias.

TOLETE. Vamos, vamos... ¡Tendría gracia que riñéramos por tontería semejante!... ¡Qué diría la gente!

SARA. Eso es lo que a ti te preocupa: el que dirán.

TOLETE. ¿Y a ti no?

SARA. Si a mí me hubiera preocupado eso, no me hubiera puesto en relaciones contigo.

TOLETE. Eso es una grave ofensa, Sara.

SARA. Tómalo por donde quieras.

TOLETE. Yo no te puedo tolerar...

SARA. ¡Hombre, lo que me faltaba que oír!...

TOLETE. Bueno, mira... *(Se oyen dentro, tras el foro, unos lastimeros ayes de OJEDA, que viene.)*

OJEDA. *(Dentro.)* ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ay!...

TOLETE. Espera... calla... Ya hablaremos de esto.

SARA. ¡Claro que hablaremos!

OJEDA. *(Entrando en escena por el foro derecha, con la cara desencajada y saltando de puro nervioso.)* ¡Agua! ¡Agua! ¡Un poco de agua, por favor!...

SARA. *(Asustada.)* ¿Eh?

TOLETE. *(Idem.)* ¿Qué?

OJEDA. ¡Los he visto! ¡Sí! ¡Como ayer, en la carretera! ¡Como el viernes en Burgos! ¡Como el jueves en San Sebastián!... Será algo que sólo existe en mi imaginación, pero los he visto. Quirós, pálido; su mirada siniestra y...

TOLETE. Pero...

OJEDA. ¡Algo trágico, sófocleo... el acabóse! El me dijo: "Miserable, aún queda prúsico para ti". Y no oí más; corrí, corrí como un loco. ¡Confesión! ¡Yo quiero confesarme con alguien! ¡No vivo, no duermo! ¡Oigo ruidos extraños a cada instante! *(Suena dentro el ruido de unos cacharros que se hacen añicos.)* ¡¡Ya!!

SARA. ¿Qué?

OJEDA. Oigo ayes, lamentos...

CLARA. *(Dentro, gritando.)* ¡Ay! ¡Socorro!...
TOLETE. ¡Es la voz de Clara!
OJEDA. ¡Ya! ¡¡Ya!!
M. BELL. *(Dentro, gritando.)* ¡A mí! ¡Favor!
TOLETE. ¡La Miss!
AGUEDA. *(Dentro, gritando.)* ¡Canalla! ¡Favor! ¡Ay! ¡Sarita!...
SARA. ¡Mi madre! ¡Mamááá! *(Vase por la izquierda.)*
TOLETE. ¡Su madre! *(A OJEDA, empujándolo hacia la derecha.)* Corra usted, hombre; a ver qué le pasa a esa gente... Yo voy a... *(Vase corriendo por la izquierda.)*
OJEDA. Sí, sí... *(Más ruido de vajilla y cacharros que se rompen, a izquierda y derecha.)* ¡¡Ya!! ¡¡Ya!! *(Vase saltando nervioso por la derecha.)*

(Por la puerta del foro entran en escena, muy cogiditos del brazo y muy amartelados, QUIROS y ELENA.)

QUIRÓS. ¿Se te pasa, luna de enero? *(Conduciéndola a un sillón.)* Ven, mi vida, siéntate y reposa... Es un mareíllo sin importancia... Eso no es nada... ¡Y sin embargo, puede ser mucho! ¡Ay!... ¡Ojalá lo fuera!
ELENA. ¡Anda, tonto, no me saques los colores!... Nosotros ya... no...
QUIRÓS. ¡Es verdad! Pero en estos dos meses hemos recorrido tantos países y hemos bebido tan distintas aguas, que ¡quién sabe!, a lo mejor alguna de ellas hizo el raro milagro, y la esperanza es lo último que se pierde. ¡Que salga a ti pido al Hacedor!
ELENA. *(Muy morronga.)* ¡No, a ti, Roberto!
QUIRÓS. A ti, a ti.
ELENA. ¡A ti, a ti, a ti!
QUIRÓS. ¡¡A ti, rediez, no me lleves la contraria, leñe!! *(Muy amoroso.)* ¡Chavala!... *(La*

besa ruidosamente.) Y pensar que hay un miserable sobre el haz de la tierra que te puso en las manos veneno suficiente para eliminarme del mundo!... ¡Qué tonto!

Veneno que tú me dieras,
veneno tomara yo.

ELENA. ¡Pues tú tampoco ibas de vacío! Porque la medicina venenosa esa, del arsénico ese, que te dió ese...

QUIRÓS. ¡Que te ha sentado mal, vamos!

ELENA. Eso, no. Mira que un veneno que si se toma a tragos mata y si se toma a gotas, como tú me lo has dado, sirve para engordar...

QUIRÓS. Así te has puesto de espléndida. En cambio, si tú me llegas a largas el prúsico que llevabas... ¡el diñamen!

ELENA. Déjalo, que eso lo traigo aquí pa que se lo tome Ojeda. ¡Vaya si se lo toma!

QUIRÓS. No estaría de más convidar también a la marquesa, porque su intención estaba vista. Estos dos se casan y antes de tres días los tienen que recoger con cucharones. ¡Prima! No se dió cuenta de que la ley de los contrastes es el sistema vital del Universo. ¿Me entiendes, chata?

ELENA. No.

QUIRÓS. Así te anhelo, nincha. ¡Ahora en el lunar! *(Vuelve a besarla, ruidosamente, en el cogote.)* ¿Se te pasó el mareíllo?

ELENA. Sí.

QUIRÓS. ¡Qué lástima! A ver si se queda todo en planes. Hay que volver a donde te dió el primero. ¿Dónde fué?

ELENA. Donde la góndolas. En "Venencia".

QUIRÓS. Bueno, pero ese fué porque te embarcaste. Ese no cuenta. Entonces estábamos todavía distanciadillos, y... ¿No te acuerdas del empujón que arrimaste cuando íbamos por el agua *(Muy meloso.)*, asesina?

ELENA. *(Morrongueando.)* ¡Roberto!...

QUIRÓS. En fin: cuando se casen los chicos, que, según los periódicos de Madrid que te leí en Versalles, es uno de estos días, ya nos estamos pirando pa el extranjero. ¡Por si las aguas!

ELENA. ¿Sin darle lo suyo a Ojeda?

QUIRÓS. *(Muy chulo.)* ¿Cómo qué? ¡Donde lo pesque! ¡A ver que vida!

FÉLIX. *(Saliendo por la derecha, despavorido.)* ¡Los señores! ¿Dónde están los señores? Ah, están aquí los señores... Voy a avisar a los señores... *(Medio mutis por la izquierda.)*

QUIRÓS. ¿Pero qué pasa?

FÉLIX. Pasa que esta casa ya no es esta casa. El señor y la señora, todos los días de bronca...

QUIRÓS. ¿Eh?

FÉLIX. La señorita y su novio, ídem de lienzo...

ELENA. ¿Cómo?

FÉLIX. Yo creo que no se casan.

QUIRÓS. ¿Que no se...?

FÉLIX. No, señor. Y por si fuera poco, también los criados andamos como los perros y los gatos.

QUIRÓS. ¡Caramba! Eso hay que arreglarlo.

FÉLIX. ¡Sí, sí!... ¡Cualquiera!

QUIRÓS. *(Enérgico.)* ¡Yo! Yo, que no soy un cualquiera. ¡Yo lo arreglaré! ¿Qué se ha creído usted?

FÉLIX. Bueno, bueno, usted allá... Con el permiso, que tengo prisas; porque como no se acuda pronto, en la cocina van a matar al señor Ojeda. ¡Claro, se metió a separar a las chicas y las chicas se han liado con él que lo están mondando! Con el permiso de los señores... *(Otro medio mutis por la izquierda.)*

QUIRÓS. ¡Caramba!... ¡Hombre!... *(A ELENA.)*

Arrea p'alante, corazón. ¡Vamos a ver si lo pillamos vivo!

ELENA. Déjamelo a mí *(Se van QUIROS y ELENA por la derecha.)*

AGUEDA. *(Dentro, a grito pelado.)* ¡El divorcio! ¡La separación! ¡Lo que sea!

FÉLIX. *(Deteniéndose.)* ¿Eh?

AGUEDA. *(Saliendo por la izquierda.)* ¡Pero pronto, muy pronto! ¡Muy, muy, muy, muy!... *(Al ver a FELIX se reporta y disimula.)* ¿Eh?

FÉLIX. ¿Qué le pasa a la señora?

AGUEDA. No, nada *(Severa.)* A mí no me puede pasar nada. ¡A mí nunca me pasa nada! ¿Qué se ha figurado usted? Y, sobre todo, ¿qué hace usted aquí? ¡Vaya, vaya... vaya a la botica y traiga un frasco de linimento de... *(Poniéndose una mano sobre los riñones.)* de eso que le untan a los futbolistas cuando les dan una patada! ¡Pronto!

FÉLIX. Sí, señora. (¿Qué será?) *(Vase por el foro a escape.)*

SARA. *(Muy nerviosa, saliendo por la izquierda y arrojándose en los brazos de su madre.)* ¡Mamá! ¡Mamá!...

AGUEDA. ¿Qué? ¿A ti también? ¿Pero será posible?

SARA. No; a mí no se ha atrevido; pero lo que ha hecho contigo...

AGUEDA. ¡Tú calcula! ¡Y en los riñones!

SARA. *(Muy rápida.)* Todos son iguales. ¡Todos! ¡Y Tolete peor que todos! Ya lo has visto. ¿No lo has visto? ¡Me parece que lo has visto! Cuando papá levantó la pierna y te dió, en vez de ponerse por medio, ya lo viste, ¿lo viste?, me parece que lo viste; todo lo que se le ocurrió fué decirle a papá: "Ya está bien; ya está bien..." ¡Y todavía está diciéndole ahí dentro que está bien! ¡Y eso no está bien! ¡No me caso! ¡No me caso! *(Sale TOLETE por la*

izquierda.) ¡No me caso! ¡Dile que no me caso!

TOLETE. ¡Por dicho y por hecho! ¡No tuviera más que ver! Ya estoy harto de nervios y de cursilerías.

SARA. ¿Eso de cursilerías va por mí?

TOLETE. Va por tu madre.

SARA. Ah, creí.

AGUEDA. ¡¡Niña!!

SARA. Contéstale, contéstale.

AGUEDA. *(Volviéndole la espalda.)* ¡Con el desprecio!

TOLETE. ¡Vaya usted a que la empapelen, señora!

SARA. ¡Lo que hay que empapelar son los regalos, para devolverlos inmediatamente!

TOLETE. ¡Me parece muy bien!

AGUEDA. ¡A usted le parece muy bien, porque a usted le parece bien todas las groserías! ¡No se puede contestar a la cariñosa solicitud de los amigos devolviéndoles los presentes!

TOLETE. ¡Lo que usted quiere es quedarse con ellos, que a usted la he tañao yo!

AGUEDA. *(Furiosa.)* ¿Qué ha dicho? ¿Que m'ha tañao? ¡A mí no hay quien me teña, digo tiña, digo tañe! ¡Procaz! ¡Procaz!

SARA. ¡Eso! ¡Procaz!

TOLETE. ¡Cursi!

SARA. ¿A mi madre?

TOLETE. No; ahora es a ti.

D. RAIM. *(Saliendo por la izquierda con una maleta en la mano.)* Con la rubia me voy, te lo vengo a decir. Tú dirás lo que necesitas para la manducatoria, trapos y demás menesteres. ¿Hacen mil pesetas diarias?

AGUEDA. Hacen. Y tú dirás los muebles que vas a llevarte.

D. RAIM. ¿Mueblecitos de éstos? Mira: si quieres otra patada, dilo claro y no te andes con indirectas.

AGUEDA. Suponía que te pudiera interesar alguno.

D. RAIM. ¡Ninguno! Es decir... bueno, sí; cargaré con la pianola.

AGUEDA. Irás muy propio.

D. RAIM. ¡Marquesa, que te la doy!

OJEDA. *(Saliendo, lívido y con el traje destrozado, por la derecha.)* ¡Los he visto! ¡Me han visto! ¡Confesión! ¡Pero ahora de verdad! ¡Confesión de verdad, que vienen! *(Se parapeta tras un mueble.)*

QUIRÓS. *(Saliendo airado por la derecha.)* ¡¡Canalla!!

ELENA. *(Saliendo por la derecha sujeta por CLARA y PURA, que forcejean con ella.)* ¡Dejadme, contra! *(CLARA y PURA se van a segundo término.)*

TODOS. ¿Eh?

D. RAIM. ¿Pero ustedes aquí?

OJEDA. ¡Y vivos, que es lo peor!

QUIRÓS. ¡Vivos y a tu pesar, alimaña insignificante! *(Despreciándolo olímpico.)* ¡Bah! *(Abrazando a TOLETE.)* ¡Un abrazo, hijo mío! *(Abrazando a D. RAIMUNDO.)* ¡A mis brazos querido consuegro! *(Abrazando a SARITA.)* ¡Hija política de mi alma!

ELENA. *(Abrazando a TOLETE.)* ¡Hijo de mi vida!

QUIRÓS. *(Abrazando a Agueda.)* ¡Agueda amiga! ¡Qué emoción vernos aquí reunidos, felices y gozosos ante la dicha de nuestros hijos! ¡Permitidme una lágrima! *(Por detrás de él todos los personajes gesticulan y manotean riñendo: CLARA con PURA; SARA con TOLETE; AGUEDA con RAIMUNDO... QUIROS se enjuga una lágrima y dice a OJEDA.)* Mire, vea, contemple y envidie la alegría, la paz familiar que quiso destruir con sus malas artes. *(Viendo que ELENA se enternece y está a punto de

llorar.) Vamos, vida, no te impresiones, que puede pagarlo... ¡él!

TODOS. ¿Eh?

D. RAIM. Pero ¿es que éramos pocos y...?

ELENA. *(Ruborosa.)* Sí. *(Abrazándose a QUIRÓS.)* ¡Roberto!

QUIRÓS. *(Cada vez más emocionado y acariciándole la cabeza a ELENA.)* ¡Y bendigo el feliz momento en que por un sentimental impulso decidí poner en sus manos mi nombre, mis blasones, mi hacienda y mi vida con carácter provisional. ¡Hoy ya es de plantilla, porque le he dado mi corazón! ¡Permitidme otra lágrima! *(Se enjuga otra lágrima y con el rabillo del ojo ve que OJEDA se desliza huído y disimuladamente hacia la puerta del foro.)* No se me vaya, que tenemos que hablar. ¡Cogedlo ahí! *(TOLETE intercepta a OJEDA la salida. QUIROS prosigue acongojado.)* Gracias, Agueda; por tu talento y tu resolución enérgica de unir dos caracteres dispares, puedes ofrecer a tu hija dos suegros unidos por el vínculo indisoluble del santo matrimonio y por las férreas cadenas de un amor eternal.

D. RAIM. ¡¡Rediez!!

QUIRÓS. Y que lo diga usted. Esa es la palabra: no hay otra. ¡Rediez! ¡Dejadme llorar! Y es que no hay nada como los contrastes, porque es ley de vida *(Llorando)*: el valle y la cumbre; la noche y el día; la luz y la sombra; el agua y el fuego. Dios lo dispuso así para hacer perfecta la creación. Y somos felices por eso; porque nos completamos: como tú, Agueda, lo eres porque a tu fino espíritu aristocrático conviene, encaja, contrasta, completa y pega ese hombre rudo, zafio, lerdo, bruto, si se quiere, capaz de darte una coz, si se tercia, pero con un

alma de niño pura y blanca como vellón de nube y todo ingenuidad, sentimiento y corazón.

D. RAIM. ¡Que sí señor! *(Emocionado.)* Pero no llore usted, jeringa!

QUIRÓS. *(A AGUEDA.)* ¡Capaz de dar su vida por la tuya. Estoy seguro.

D. RAIM. *(Llorando.)* ¡La sangre de mis venas!

ELENA. *(Que ya no puede más, suelta el trapo y lanza un sollozo estentóreo que es un berrido.)* ¡Aaaaag!...

AGUEDA. *(Emocionada al ver a su marido llorando.)* ¡Perea, no llores; no llores, Perea! *(Se abraza a él llorando.)* ¡Perea!...

SARA. *(Emocionada y llorando)* ¡Madre, madrecita buena!...

TOLETE. *(Consolándola dulcemente.)* Vamos, Sara, no...

QUIRÓS. También vosotros seréis felices. ¡Nervios, impetuosidad, por una parte: calma, bondad, reflexión, por la otra! ¡Hijos míos, qué contraste más perfecto!

TOLETE. *(Emocionado y abrazando a QUIROS.)* ¡Padre!...

QUIRÓS. *(Rechazándolo dulcemente.)* ¡A ella, a ella; eso a ella!

TOLETE. *(Ofreciéndole a SARITA un abrazo.)* ¡Sarita!

SARA. *(Abrazándole.)* ¡Tolete!...

ELENA. *(Largando otro berrido lacrimógeno y lanzándose a los brazos de QUIROS.)* ¡Aaaag!... *(Brevísima pausa. Abrazados QUIROS a ELENA; SARITA a TOLETE, y AGUEDA a DON RAIMUNDO, sollozan.)*

PURA. }
CLARA. } ¿Me perdonas? *(Se abrazan al mismo tiempo, rompiendo a llorar.)*

QUIRÓS. Y así todos felices y contentos hasta que se celebren las solemnes nupcias de nuestros hijos. Pero un momento de silencio

para reflexionar lo que hay que hacer con Ojeda.

OJEDA. ¡No, no; si yo me voy!... *(Llorando.)* ¡A mí estos cuadros de familia!...

QUIRÓS. ¡Silencio he dicho!

FÉLIX. *(Entrando por el foro derecha con un frasco en la mano.)* El linimento.

OJEDA. *(Arrebatándoselo.)* Bueno, traiga... Hombre prevenido... *(Dispuesto a recibir lo suyo.)* Pero flojito, ¿eh?, flojito.

QUIRÓS. *(Despectivo.)* ¡Bah! ¡Es un pingüino náufrago! ¡A mis brazos, Marqués! *(Se abrazan.)* Bueno: supongo que esa rubia...

D. RAIM. ¡Se acabó la rubia!

QUIRÓS. ¡Así! ¡Así!

D. RAIM. ¡¡Para siempre!!

QUIRÓS. Oiga... ¿Y dónde vive?

TOLETE. ¡Mi padre!

TELON

INDICE

PRECIO: 4 PESETAS